
THE HORUS HERESY™
GARRO
SHIELD OF LIES
James Swallow



LA HEREJÍA DE HORUS

GARRO:

ESCUDO DE MENTIRAS

JAMES SWALLOW

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Caballero Gris

NATHANIEL GARRO	Primer caballero errante, antiguo Guardia de la Muerte

Personajes Imperiales

KATANOH TALLERIN	Adepta escriba de segundo nivel del Departamento Munitorium
VOLO KELKINOD	Adepto escriba de segundo nivel del Departamento Munitorium
LONND	Jefe de escribas de segundo nivel del Departamento Munitorium
DAMA DE RIGA	Gobernadora de Riga
MALCADOR EL SIGILITA	Regente y Jefe del Consejo de Terra

Sabía que la encontrarían. Sólo era cuestión de tiempo.

La escuadra de la que había huido en el nivel administrativo sólo era la primera de muchas. Había sido puro azar lo que la había salvado de que la atrapasen, eso y la ola de adrenalina que le recorría el cuerpo. Pero otros la perseguirían, y poco a poco acabarían cercándola.

Todas las vías de escape habían sido meticulosamente clausuradas, una tras otra. La terminal de cápsulas públicas, los muelles de carga, incluso los transportes de masas: todos ellos cerrados por las patrullas de caza. En los tiempos antiguos, cuando el orden en aquel lugar estaba a cargo de una policía humana y no en manos de máquinas, podría haberse arriesgado a intentar engañar a un oficial del Adeptus Arbites. Pero ahora no, ahora no se atrevería a pasar ante los ojos sintéticos y fijos que sin descanso escaneaban las calles de la ciudad.

Ocultándose tras una grúa de carga, se detuvo para recuperar el aliento y recapacitar.

—El pánico es un estado emocional improductivo —se dijo a sí misma—. No puedes seguir reaccionando sin más. Tienes que pensar.

Alzó la vista, siguiendo los perfiles de las inmensas grúas que se movían muy por encima de ella, buscando los destellos de luz que delataran a sus perseguidores.

Los ingenios de guerra tomaban forma en los titánicos astilleros espaciales que la rodeaban: amenazadoras naves de proas con forma de cincel tachonadas de torres de misiles; barcazas de patrulla que eran poco más que sistemas de guía montados alrededor de los megaláseres que dominaban sus columnas centrales; plataformas autónomas armadas con mortales barras cinéticas.

Por siempre flotando sobre sus motores de antigravedad kilómetros por encima de Terra, la plataforma de la ciudad de Riga siempre había servido como puerta de control del Imperio. Pero con la Caída de Marte y la lucha por el control de lo que quedaba del Anillo de Hierro alrededor del planeta rojo, aquello había cambiado. La ciudad ahora dedicaba casi todos sus esfuerzos a la construcción de naves de ataque rápido destinadas a la defensa del Sistema Solar: uno de los muchos preparativos vitales de cara al conflicto que se avecinaba.

Desde que habían llegado las noticias de la insurrección del Señor de la Guerra, la plataforma aérea no había conocido un momento de paz. La rebelión de Horus Lupercal contra su padre el Emperador había puesto la galaxia en pie de guerra. Riga repetía incesantemente su lento recorrido entre las tierras radiactivas de Mérica y la región de la Antigua Ursh de la que había tomado su nombre. Y mientras, el planeta bajo ella, como cualquier otro mundo imperial, se preparaba para la invasión.

Ella había nacido allá abajo, treinta años atrás, al borde del Escarpe Atalántico, pero Riga se había convertido en su hogar desde que la hubieran asignado allí como escriba novicia del Estado Imperial. Y había llegado a amarla, de una manera abstracta; había llegado a pensar en la metrópolis flotante casi como en una vieja amiga…

Aquella imagen ahora revelaba su absurdo. La ciudad del cielo se había vuelto en su contra. No había lugar en su superficie para ella. La encontrarían. Los incansables cazadores darían con ella.

Como si el mero pensamiento lo hubiera invocado, la figura de un soldado-máquina thallaxi cruzó por una plataforma situada sobre ella, girando a un lado y a otro su cabeza de bronce. Un abanico de luz zafiro acompañó su mirada mientras sensoescrutaba la penumbra. *Buscándola.*

Encogiéndose entre los pliegues de su túnica, la escriba no se atrevió a moverse, ni a respirar, ni a existir, hasta que la figura se hubo ido. Un error, un pequeño desliz, y la atraparía. Le aterrorizaba pensar en lo que ocurriría si la capturaba: podría haber sido capaz de razonar con un ser humano, pero un cíborg de combate sólo la vería como un objetivo que debía ser reducido… o eliminado. «Malditos artificios», se dijo para sí misma, «¿es que nunca descansan?».

Cuidadosamente —moviéndose de cobertura en cobertura, permaneciendo siempre en las sombras—, avanzó a lo largo del muelle. A un lado, el borde de Riga se abría a una larga caída hacia los cielos abiertos y contaminados, y mantuvo una prudente distancia de él. Formas metálicas se movían entre la bruma, patrullando incesantemente: drones armados con perfiles de halcones, dirigidos por sintéticos cerebros biomecánicos engendrados en tanques de cultivo. También ellos la buscaban. Se imaginó que todas y cada una de las máquinas de la ciudad conocían ya su cara y su código de identificación.

—No se lo pongamos fácil entonces…

Apretando los dientes, el dolor no le permitió oír el sonido de húmedo desgarro, como el de arrancar la uña de un dedo. Su implante subdermal no había sido diseñado para retirarse por un medio tan tosco como la incisión de una pluma de escribir, pero no tenía nada más a mano. Hurgó con la punta hasta que tuvo entre los dedos la pequeña cápsula de datos de silicio brillante, empapada de su sangre. Con un gruñido de esfuerzo, arrojó el implante por el borde de la plataforma y vio cómo se lo llevaba el viento. Eso les dificultaría la caza un poco. Lo suficiente, esperaba, para que le diera tiempo a pensar en algo siquiera lejanamente cercano a un plan.

El dolor de la herida autoinfligida la ayudó a concentrarse. Temía que si se paraba a recapacitar demasiado acerca de sus actuales circunstancias se colapsara su voluntad. Unos pocos días atrás no era más que una funcionaria menor, una escriba empleada en la división de los monolíticos registros del Departamento Munitorum. Y ahora era una criminal declarada *excommunicate traitoris*, acusada de alta traición contra Terra. El anuncio había sido transmitido por los canales públicos de seguridad.

Tales acusaciones la enfermaban. Eran mentiras, injurias levantadas por aquellos que querían silenciarla… y, que la perdonara el Emperador, mucho se temía que pronto lo harían. No quedaban más sitios donde esconderse.

En la distancia, una figura de pesada armadura se movió. No sólo eran las máquinas las que la estaban dando caza. Había alguien… *algo* más.

Al principio, pensó que no era más que un engaño de su mente, el terror al que la fatiga que amenazaba con derrumbarla había otorgado una forma difusa. Era humana, con toda la fragilidad que aquello suponía. No podría correr para siempre, en algún momento tendría que descansar.

Pero el cazador —la *sombra*—, no parecía sufrir las mismas limitaciones. Le parecía verlo como un vago reflejo en las azoteas cuando no podía evitar cruzar alguna de las vías principales, oír sus pesados pasos al fondo de los callejones. Había creído ver un destello de luz curvada, como el de los rayos de sol atravesando una ventana empapada de lluvia. Algo la estaba siguiendo, oculto tras un velo de falsedad. La prenda mimética se adaptaba segundo a segundo, haciendo a su perseguidor prácticamente invisible.

—Está cerca… —se dijo la escriba, escuchando el temblor de su propia voz.

La sangre se le congeló en las venas cuando se echó hacia atrás la capucha de su túnica, y en la penumbra, cerca de una de las grúas de carga, lo vio: una figura brutal, dos veces del tamaño de un hombre, a la vista en medio de las ondas de espejo que le recubrían los hombros. Un gigante en armadura pesada, cargado de amenaza y la promesa de una destrucción total, similar a un dios de la guerra de la antigüedad salido de historias de más allá de la Era de los Conflictos. No se trataba de una máquina, eso lo supo instintivamente. Nada mecánico podría moverse como lo hacía aquel guerrero, fluido y a la vez marcial, como nacido expresamente para ser un heraldo de la muerte. En la celosía que formaban las sombras de las rejillas de las grúas en movimiento, los ojos del casco de la figura brillaron con un fulgor verdoso, perfilando vagamente una máscara angular. Todo miedo que alguna vez hubiera sentido en su vida, todo terror nocturno, todo pavor irracional, palideció ante lo que le produjo aquella visión.

Habían enviado a un legionario a por ella. Uno de los ángeles de la muerte del Emperador.

Como una aparición mítica, el marine levantó lentamente una mano y apuntó hacia ella. El significado de aquel gesto era claro: «no hay escapatoria».

Y como ella no era más que un ser humano, en ese instante su voluntad se quebró.

Su razón saltó en pedazos como un cristal que se rompe. En su lugar, lo que se apoderó de ella fue el pánico, un pánico en oleadas que la impulsó a salir corriendo sin saber en qué dirección.

Huyó hacia una grúa situada casi a nivel del suelo, arrastrándose dentro de ella, rasgándose la túnica mientras atravesaba entre sus huecos, demasiado pequeños para que el legionario pudiera seguirla. Por el otro lado salió precipitadamente hacia el cañón que formaban los contenedores de carga apilados.

Pero la persecución del guerrero no finalizó. Atravesó la grúa sin dificultad, moviéndose a una velocidad incomprensible para algo de su peso. La escriba pudo sentir la vibración de las planchas de la plataforma a cada paso que daba su perseguidor.

En el último instante, giró rápidamente al interior del estrecho pasadizo entre dos tanques de combustible, casi ahogándose en una nube de vapor de combustión de

promethio. Más allá sólo había oscuridad, la seguridad del manto de sombras profundas, y por un breve instante casi creyó que escaparía.

Pero demasiado tarde el precio de su precipitada huida se hizo patente. Las sombras no ocultaban una ruta de escape, como había esperado, sino que en su lugar terminaban en una pared de hierro que se alzaba hacia las torres de supervisión.

—No, por el Trono, no…

El legionario se acercó a ella, desenvainando su espada, y el zumbido de energía acompañó al brillo que recorrió la hoja. El arma era casi tan larga como ella era alta. Ahora podía verlo claramente, un marine espacial en toda su amenazadora presencia bajo las duras luces de sodio del muelle.

—Eres la adepta escriba de segunda clase Katanoh Tallery —dijo la distorsionada voz del marine a través de la rejilla de la máscara facial—. Y has sido acusada de traición.

Su instinto la impelió a dejarse caer de rodillas. Nunca antes había estado en presencia de un astartes, sólo los había visto vagamente en la distancia o en imágenes pictográficas. Pero en ese momento, lo bastante cerca como para tocar uno, supo que todas las historias sobre el aura de amenaza que los rodeaba eran ciertas. Lo que tenía delante era un asesino creado genéticamente, un ser dado a luz sin otro fin más que la guerra. ¿Cómo había llegado a creer por un solo momento que escaparía de él? Y el traidor Señor de la Guerra tenía bajo su mando a miles de guerreros como aquel… Pero por mucho que el miedo la atenazara, Katanoh Tallery no estaba dispuesta a morir en silencio.

—No soy una traidora. ¡Soy leal! —gritó.

Temblando, logró ponerse en pie. Y tuvo que reunir todo el valor que le quedaba para alzar la mirada hacia la cara del legionario.

—¡No ocultaréis lo que ha ocurrido tras mentiras! ¡No he hecho nada en contra de mi Imperio, no importa cuanto se diga de mí!

Tallery se giró. Con las manos temblando, logró sostener una cadena de oro que llevaba alrededor de la muñeca, oculta bajo la manga de su túnica. De ella pendía un pequeño amuleto que se asemejaba al símbolo del *aquila* imperial, el águila de dos

cabezas que miraba tanto al pasado como al futuro. Lo tomó entre los dedos, como si pudiera extraer fuerza de su noble forma.

—El Emperador protege… el Emperador protege…

—Mírame —dijo la terrible figura.

Tallery no pudo desobedecer y se dio la vuelta.

El legionario reveló la cara que ocultaba tras su casco. La piel era un mapa de heridas sanadas, viejas cicatrices del toque cercano de la muerte. Y aun así, aquellos ojos… Con todo su terrible aspecto, los ojos de aquel guerrero albergaban comprensión.

—El icono que llevas alrededor de la muñeca, ¿de dónde lo has sacado?

—¿Acaso importa? —logró preguntar a su vez la escriba tras tragar saliva—. Si voy a ser ejecutada por una mentira, ¿qué valor puede tener la verdad?

La punta de la espada descendió hacia el suelo, y Tallery pudo sentir como aquel guerrero la escrutaba. Había duda en aquella cara cicatrizada.

No era lo que ella había esperado. Aquel guerrero casi parecía… humano.

—Soy Nathaniel Garro. Cuéntame tu verdad, escriba, y quizá vivas para ver un mañana.

—Atención, servidor. Adenda número seis-tres-seis-uno-dos-uno. Archivo gamma. Protocolo *omnia majoris*. Escriba Tallery registrando —se aclaró la garganta—. Debo informar de que el convoy cuatrocientos nueve del Sistema Mertiol se ha desviado hacia la colonia de Rocene debido a las anormales circunstancias que afectan a la navegación estelar. Esta entrada deberá archivarse y transmitirse por medios astropáticos a todos los puntos de contacto relevantes, indicados en la subcláusula ocho-alfa.

—Confirmado. Escriba Tallery —respondió la monótona voz del servidor.

Visto con distancia, era increíble cómo las circunstancias de una vida podían cambiar tan radicalmente tras un único evento. Eso fue todo lo que hizo falta para

que el mundo bien ordenado de la escriba Katanoh Tallery de desmadejase: la ruptura de un eslabón en la cadena del destino. El final inesperado de una vida.

—Los suministros de módulos de refrigerante de clase dos para las variantes Javelin de *land-speeders* deben incrementarse de los cuarenta mil actuales a sesenta y siete mil, y deben expedirse inmediatamente. Indiquen el muelle de salida.

Como rezaba el primer axioma del gran Administratum de Terra, no había tarea más seria que la logística. En un Imperio que alcanzaba no sólo planetas y sistemas solares sino toda una galaxia, el trabajo de sostener el gobierno, la financiación de la paz y la guerra, de mantener abiertas las líneas de suministros, eran retos continuos.

Si las Legiones Astartes eran los puños del Imperio, las casas de navegantes sus ojos y el colegio de astrópatas su voz, entonces el monolítico Administratum era el corazón que permitía que la sangre llegara a las venas de todos. Nada se movía de un mundo a otro —ni una nave, ni un hombre, ni una ración de comida— sin que la gran maquinaria de la administración lo gestionara. Y en época de conflicto, aquella responsabilidad vital se volvía todavía más crítica.

—¿Servidor? Registro de los recursos recuperados de los enfrentamientos en Zhodon y Hellicore preparados para su redistribución. Naves desmanteladas y pecios espaciales pendientes de ser distribuidos entre los mundos-forjas.

—Registrado. Confirmado —fue la escueta y mecánica respuesta del servidor.

Aquella era la vida de Tallery, un reino de números, y estaba orgullosa de ser parte de él. Una entre los muchos escribas de Riga al servicio del Departamento Munitorum, su deber era asegurarse de que la comida, los suministros y las armas pasaban por la plataforma espacial de manera fluida hasta alcanzar los más lejanos extremos de los dominios del Emperador. Y aquel era un deber para el que estaba maravillosamente preparada, dotada de manera natural con una memoria eidética.

—Siguiente ítem. Solicitud de confirmación del proxy de Luna, referente a…

—¡Tallery! ¡Escriba Tallery! ¡Atención! —chilló una voz aguda y nerviosa que se acercaba.

—Por favor. Repita el comando —solicitó el servidor.

—Dictado en pausa —dijo la escriba, dejando escapar un suspiro de contrariedad—. Kelkinod, no puede interrumpirme en mitad de un…

—¡Esto es importante! ¡Deja lo que estés haciendo!

El desaliñado aspecto del adepto escriba Volo Kelkinod era algo de lo que Tallery nunca había disfrutado. Aquel hombre maniático y egocéntrico parecía siempre medio empantanado en su túnica oficial, en violento contraste con la apariencia pulcra y casi angular de la escriba. Aunque compartían el mismo rango dentro de la estructura operativa del Departamento Munitorum, Kelkinod siempre se dirigía a ella como quien habla a un subordinado. Además, tenía el irritante hábito de inmiscuirse en las operaciones logísticas que no eran de su incumbencia, y constantemente ofrecía lo que él llamaba «consejos», y que no eran más que críticas apenas veladas.

Sin embargo, su habitual tono quejumbroso había desaparecido. En su lugar lo que había era pánico auténtico.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es mi deber transmitirte una grave noticia. Nuestro honorable adepto *senioris*, el procurador Lonnd… ¡ha sido hallado muerto en el *dormitorium* esta misma mañana!

—¿Qué? ¿Cómo?

—El *medicae* dice que se debió a un fallo cardiaco. Trabajaba tan duramente…

—Sólo con la muerte acaba el deber… —respondió Tallery tras un segundo, asumiendo la noticia.

—¡Y ese deber no acaba con Lonnd! Ven conmigo. Debemos tomar medidas… y no hables con nadie de esto. ¡Es imperativo que el flujo de trabajo se mantenga contante!

Tallery siguió a Kelkinod hasta la oficina de Lonnd.

El procurador sólo había llamado la atención sobre sí por su ausencia del complejo del Munitorum en Riga. Con tendencia a recluirse en sus cámaras privadas a veces durante varios días seguidos, el superior de Tallery apenas había sido visible para sus subordinados. Su existencia sólo se la habían confirmado a la escriba la

incesante solicitud de información y la igualmente ininterrumpida recepción de notas de orden que había pasado de la lista de tareas del uno a la otra. Así había sido hasta ese mismo día.

—Mira —dijo Kelkinod señalando el escritorio—. ¿Lo ves? Tenemos un problema. El trabajo de Lonnd se está acumulando, y no podemos permitir que esta oficina se convierta en un cuello de botella. Lo que menos necesitamos es… —y el escriba se encogió como si hubiera sufrido un escalofrío — una auditoría.

—Estoy de acuerdo. Debemos contactar con la oficina central, entonces. Informar de la situación.

—Ya lo he hecho. Van a enviarnos de Terra un nuevo procurador para que sustituya a Lonnd lo antes posible.

—Oh… Pensé…

—¿Pensaste que te iba a proponer a ti para ocupar su puesto? —la interrumpe Kelkinod, dejando escapar inmediatamente una risa tan corta como desagradable—. Te sobreestimas.

—Tengo experiencia más que suficiente.

—¡Tallery! La piel de ese hombre ni siquiera está fría. No me parece apropiado que estés pensando en apartarlo a un lado sin más para ocupar su lugar.

—Han rechazado tu solicitud del puesto, ¿verdad?

La cara del otro escriba se volvió encarnada, y Tallery supo que su suposición había sido acertada. Kelkinod hizo una mueca de desdén y se dirigió al escritorio de Lonnd lanzando gestos a las pilas de placas de datos y hojas de pergamino.

—La última tarea del procurador ha sido la distribución de *hardware* militar, naves y material asociado a través de los muelles de Riga… ¡Esa es una pieza clave en la lucha contra la traición del Señor de la Guerra!

—Soy muy consciente de ello.

—¡Entonces serás consciente también de que algo tan trivial como el inconveniente fallecimiento de un individuo no debe ralentizar la cadena de información! ¡El flujo

de permisos, certificados y demás formularios debe continuar inalterado para alimentar el engranaje de la burocracia imperial! Sin ello, esto será…

—…el caos, sí. Por supuesto.

—La oficina central me ha concedido la autoridad para relevarte de tus actuales quehaceres, que pasarán a ser responsabilidad de tu segundo adjunto de manera temporal…

—¿Cómo? ¿Ese cretino medio abúlico? ¡No quiero que ningún incompetente intervenga en mi pila de datos!

—…y asignarte la tarea de procesar las entradas incompletas del procurador Lonnd, hasta que su reemplazo llegue a Riga —concluyó Kelkinod habiendo hecho caso omiso a su objeción.

—¿Qué? Por el amor del Trono, Kelkinod, ¡aquí debe de haber cientos de registros incompletos!

—¡Como poco! Por eso te sugiero que te pongas con ellos inmediatamente —dijo Kelkinod, abandonando la habitación sin esperar respuesta.

Tallery apretó la mandíbula y, por costumbre, agarró con una mano la cadena de oro que lleva oculta en la manga.

—Emperador, dame fuerza…

Garro estudiaba a la mujer mientras ésta hablaba, buscando en su rostro o su tono alguna traza de deshonestidad. No encontró ninguna.

—Ese hombre, el procurador Lonnd, ¿cree que su muerte no fue natural?

—No. Bueno, al menos no al principio. Pero pensando ahora sobre ello con todo lo que me ha ocurrido, no puedo evitar preguntarme… ¿acaso Lonnd cometió el mismo error que yo? ¿Lo silenciaron igual que están intentando silenciarme a mí?

—¿«Lo silenciaron»? ¿Quiénes?

—Es complicado, mi señor.

—Según mi experiencia, las cosas suelen serlo. Continúe. Dígame lo que descubrió.

La escriba dejó escapar una sonrisa triste, y por un momento el miedo que parecía petrificar su cara se atenuó. La mujer no se parecía a los traidores que se habían cruzado en su camino hasta entonces, pero el guerrero no estaba dispuesto a bajar la guardia hasta que estuviera seguro de quién era Katanoh Tallery. «El enemigo es excelso en la mentira», se recordó a sí mismo. Le concedería su confianza, pero sólo cuando no albergara ninguna duda sobre ella.

—Imagino que un guerrero de las legiones creerá que mi labor es gris e intrascendente…

—Cada cual lucha en esta guerra según su cometido.

—Sí, eso es lo que solía decirme… Pero ahora me pregunto si no habré estado sirviendo al enemigo sin saberlo, y nunca lo sabré. ¿Habré sido cómplice en virtud de mi ignorancia?

En los cielos nublados por encima del muelle, un dron con aspecto rapaz trazó dos líneas de propulsión. Tallery se encogió contra la pared. La máquina vaciló, batiendo el aire con sus sensores, antes de continuar su búsqueda en otra dirección.

—No pueden vernos aquí abajo. El metal de los contenedores de carga bloquean sus sensores de larga distancia. Continúe su relato, escriba.

—Las evidencias estaban todas allí, en los registros de Lonnd. Sólo había que saber qué se debía buscar.

—¿Evidencias de qué?

—Alta traición.

—Así que asumes que el procurador estaba actuando en contra de los intereses del Imperio…

—¡No! Oh, no, en absoluto. Es probable que no llegara a saber lo que estaba ocurriendo. Pobre necio… Ahora desearía haber sido tan poco perspicaz como él; nada de esto habría ocurrido.

—La escucho.

Las horas pasadas en las cámaras de Lonnd pronto se convirtieron en días. Por cada entrada que Tallery procesaba, quedaban tres pendientes. El trabajo se multiplicaba como las malas hierbas, de cada asignación o protocolo florecían multitud de tareas adicionales, y cada una de ellas exigía un cuidadoso escrutinio.

—Archivo completo. Enviar y transcribir. Abriendo el siguiente…

Comía frugalmente, ordenando a sus ayudantes que le trajeran las raciones a la oficina, abandonando ésta sólo para atender sus necesidades corporales. Pronto se acostumbró a dormir en el sillón de piel de grox arrinconado en una de las esquinas en lugar de volver a su dependencia en el *dormitorium*. Y pronto, también, perdió el sentido del tiempo, y el día y la noche se volvieron conceptos abstractos en la sala sin ventanas.

—Archivo completo. Enviar. Transcribir. Siguiente…

La lista de tareas pendientes de Lonnd llevaba mucho retraso, y la lucha por ponerla al día era agónica. Tallery trabajaba diligentemente, sabiendo que el más mínimo error en los registros podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte en algún distante mundo colonizado: una coma decimal en el lugar equivocado, y un cargamento de víveres nunca llegaría o unos refuerzos críticos no se movilizarían…

—¿Es qué esto no tiene fin? —se dijo a sí misma, suspirando.

Y fue allí, en las oscuras horas antes del amanecer, cuando encontró la primera anomalía.

—Esto no puede ser…

A primera vista, Tallery pensó que se trataba de un error de correlación, quizá debido a una cantidad incorrecta registrada por otro funcionario no tan meticuloso como ella.

Una nave auxiliar —un carguero ligero llamado el *Pastor de Borealis*— transportaba una cantidad de combustible incongruente con la misión que se le había asignado. Se trataba de un error mínimo, una cifra de más. Fácilmente rectificable.

Y sin embargo…

Algo pareció rechinar en la mente de la escriba. El recuerdo del error volvía una y otra vez, insistente, molesto como el corte hecho con un papel. Siguiendo un impulso que no pudo explicarse, dejó a un lado la tarea que tenía entre manos y volvió a revisar el documento de nuevo. Escarbó en la pila de permisos que se habían ido superponiendo hasta que el registro había llegado a la mesa del procurador Lonnd.

Para su horror, no se trataba de un error aislado. Había muchos más. Y a medida que siguió inspeccionando más profundamente, el número de anomalías que descubría se incrementaba.

—No es posible…

Consideró que se tratara de un error de la programación de los servidores, o de algún fallo en la inmensa red de cogitadores que servían de soporte al trabajo del Departamento Munitorum. Pero un problema de tales características sin duda habría sido detectado y rectificado inmediatamente por la cohorte de tecnoadeptos del Mechanicum empleados en tales labores. Incluso con la desconfianza existente entre Terra y Marte —legado de la deslealtad de los seguidores del anterior fabricador general—, Tallery no podía creer que el Mechanicum hubiera dejado intencionadamente que los sistemas de Riga se degenerasen. No, eso era una necedad. Además, las comas desplazadas lo estaban de manera tan ordenada que no podía tratarse de un hecho aleatorio: era demasiado cuidadoso, se había pretendido que no fuera en ningún modo destructivo. Las anomalías eran los indicadores de cambios que se habían hecho en la profunda complejidad del siempre cambiante flujo de información. Cambios hechos *en secreto*.

—¿Quién tendría autoridad para hacer esto? ¡Nadie!

Apartó de su mente los registros de Lonnd, consumida por aquel inesperado problema. Lo que a primera vista había parecido nada más que un puñado de discrepancias, se había convertido en un patrón regular y perturbador.

Los errores se encontraban siempre en los mismos lugares, en registros de envíos y albaranes de embarques, informes de rutas y permisos de desguace. Secretamente, silenciosamente, oculto bajo la cadena incesante de trámites de la administración de Riga, alguien había estado utilizando la plataforma como base para una operación clandestina de largo alcance. Sus tentáculos se extenderían sin ninguna duda más

allá de Riga, Terra y el Sistema Solar: alcanzaba incontables mundo imperiales, y era profunda y malignamente ingeniosa.

Sin pretenderlo, Tallery había descubierto que aquellas fracciones de carga destinadas a la guerra habían sido desviadas, cada una de ellas disimulada con tanta pericia que por separado no habían provocado ninguna alerta. Había envíos de equipo, materiales de construcción, armas… incluso personal y naves al completo no habían llegado nunca a las líneas de batalla.

Entonces, ¿dónde habían ido?

—Cuestión —dijo Tallery dirigiéndose a la consola hololítica—: búsqueda de datos. Mostrar destino de todas las transferencias seleccionadas.

Siguiendo su orden, la pantalla apareció sobre el escritorio del procurador Lonnd. El torrente de información se escurrió sobre aquel panel fantasmal que pendía en el aire frente a su cara. Lo estudió intensamente, buscando el punto al que podían haberse dirigido todos envíos. Pero todos y cada uno de los registros acababan en el mismo fragmento de información que era un callejón sin salida, un alias asociado con nada, una única palabra.

—Otris…

—No conozco ningún mundo con ese nombre —dijo Garro.

—Eso es porque no lo hay. He buscado por todo el archivo del Munitorum. Nada. Ni tampoco hay nave, estación espacial ni plataforma orbital con tal designación, ni ciudad, ni puesto de avanzada planetario. Sólo cuando amplié la búsqueda para incluir los archivos históricos fue cuando encontré una coincidencia con ese nombre, en los escasos restos de las bibliotecas que sobrevivieron a la Vieja Noche.

—¿Es una palabra terrana, entonces?

—Sí. Otris era una montaña situada en las islas de la antigua Hellenicae. Ya no existe; hoy no es más que arena radiactiva resultado de las acciones de alguna olvidada guerra. Ese nombre es la única constante en las discrepancias que he encontrado.

—Un nombre en clave para alguna localización donde se están enviando todos los recursos.

—Esa es mi suposición. Pero reconozco que no se me ocurre cuál sea el propósito.

—Armas. Suministros. Hombres. Naves. Son los elementos que uno reuniría si quisiera formar un ejército, escriba Tallery. Si lo que dice es cierto, este descubrimiento es de extrema gravedad.

—Sí, ¡sí! Me entendéis.

—No, no la entiendo. ¿Por qué no compartió esa información con sus colegas o con la Dama de Riga misma? Si esta conspiración efectivamente está ocurriendo, ¿por qué es *usted* a la que han declarado traidora, y no al arquitecto de esta trama?

—¡Porque no sabía en quién confiar! ¡Lo que os he revelado es parte de una gran conspiración que se está desarrollando en el corazón mismo del Imperio! ¡Sabía que tenía que actuar, pero estaba paralizada! ¡Cualquiera en Riga puede ser parte de la mentira! Lonnd… Kelkinod… incluso la corte de los mecaseñores… ¿No veis mi dilema?

—Lo he vivido —respondió Garro, recordando—. Sé lo que es enfrentarse a la traición en el seno de tu propio hogar, entre aquellos en quienes más confiabas. Pero esa es una razón mayor para oponerse a ella. El engaño muere con la luz, Tallery; debemos exponer los hechos, cueste lo que cueste.

—Quizá si tuviera vuestra fortaleza podría haberme mantenido tan firme. Pero perdonadme si soy frágil: sólo soy humana, y soy falible. Es difícil volverse en contra de cuanto uno conoce… Estoy convencida de que los agentes del Señor de la Guerra se han infiltrado en el Departamento Munitorum. Creo que esos mismos agentes están trabajando para sabotear las defensas de Terra desviando recursos de donde son más necesarios. Debilitándonos de cara a la invasión que se acerca.

—Suena como si pensara que la venida a Terra de Horus fuese inevitable.

—¿No lo creéis así?

Garro guardó silencio por un momento.

—¿Qué hizo con la información que recopiló?

—Hice lo que cualquiera leal al Emperador haría.

Tallery avanzaba apresuradamente por los pasillos de la sede del Departamento Munitorum, con Kelkinod siguiéndola, preocupado.

—Escriba Tallery, ¿dónde has estado? ¡Se te convocó hace cuatro horas! ¡Y no respondiste!

—No es de tu incumbencia, pero he estado en los archivos. Tenía que comprobar algo…

—¡Eso es muy irregular! ¡Exijo que te detengas y te expliques de inmediato!

—Lo que tengo que decir es *sólo* para los oídos del nuevo procurador.

—¡Pero si apenas acaba de poner un pie en el edificio! No puedes entrar en su oficina y pedir que te atienda sin más… ¡Después de tu fallo, imaginaba que preferirías disimular tu presencia!

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Tallery con hostilidad, deteniéndose bruscamente.

—¡Has fallado en completar las tareas que la oficina central te encomendó! ¡Vamos muy *retrasados*! —Kelkinod pronunció esta última palabra como si mencionara un grave pecado—. Las entradas del procurador Lonnd siguen incompletas, Tallery, y se te ordeno darles salida.

—Surgió algo más importante.

—¿Más importante que nuestra documentación? ¡Te has vuelto loca!

—No tengo tiempo para esto. Aparta —dijo Tallery, apartado a un lado a su compañero.

—¡Tendrás suerte si no te envían a contar casquillos de bólter en algún mundo-forja perdido antes de que acabe el día! —gritó Kelkinod, ahogándose en su propia indignación.

Al final del pasillo, Tallery entró en la oficina del procurador.

El sustituto del procurador Lonnd se había instalado en la misma oficina de su predecesor. Todo resto del ocupante anterior había sido borrado: el amplio escritorio, el sofá, todos los pequeños detalles propios de un ocupante humano habían desaparecido. La sala carecía de todo rasgo individual y, con sólo la iluminación proveniente de la pantalla hololítica, permanecía sumida en la penumbra.

Tallery se acercó a la mesa, mientras sus ojos se acostumbraban a esa vaga oscuridad.

—¿Señor? Mi nombre es Katanoh Tallery, adepta escriba de segunda clase. ¿Tiene un momento?

Al principio, el nuevo procurador no pareció reaccionar a su presencia. Tallery pudo percibir una cara delgada sugerida bajo la pesada capucha, los ojos fijos en la fantasmal pantalla que se proyectaba entre ambos.

—Procurador, ¡debo hablaros de un asunto de la mayor urgencia! He encontrado indicios de acciones criminales en el seno de esta oficina. ¡Traición, señor!

Al escuchar la palabra «traición» el procurador dejó de teclear y alzó la cabeza —un movimiento acompañado del zumbido de mecanismos cibernéticos— hasta quedar cara a cara con la escriba.

—Yo, eh… —continuó Tallery, ligeramente cohibida por la mirada del procurador—, he revisado los registros de envíos de los muelles ocho y once, y estos son sólo los ejemplos más recientes… Procurador, parece que alguien, intencionadamente, está desviando recursos hacia un destino desconocido…

Daba la sensación de que el procurador acababa de ser consciente de su presencia, y que sus órganos oculares artificiales intentaban ajustarse a sus palabras. Después de los días pasados reuniendo las evidencias, Tallery no pudo contenerse y expuso por extenso todo cuanto había descubierto; tenía que compartirlo con alguien, aunque sólo fuera para poder purgar la tóxica sensación de paranoia que le provocaba toda aquella información.

—No he compartido esta información con nadie más, señor. Mis colegas… no puedo decir que estén libres de sospecha.

El procurador no dijo nada. Permaneció inmóvil, como procesando todo lo que Tallery le había dicho, sus delgados dedos suspendidos sobre su teclado.

—No he sido capaz de ubicar la localización a la que todos esos recursos se han enviado, ni tampoco he sido capaz de identificar a la persona o personas responsables. El único dato que se repite es la referencia a un destino designado como «Otris».

—Otris —repitió lentamente el procurador.

—Sí. Pero no hay registro alguno de dicha localización en nuestros archivos. ¿Ese nombre significa algo para usted?

—Otris. Otris —repitió el procurador, como pensando—. No. Nada. Escriba Tallery. No se preocupe. Reanude sus tareas.

Dicho esto, el procurador volvió a sumergirse en su trabajo, y siguió tecleando.

—Un momento… ¿Quién…? ¿*Qué* eres?

Sin vacilar, Tallery se inclinó sobre la mesa, atravesando el velo lumínico de la pantalla hololítica y acercando su mano a la figura inclinada sobre el teclado. Tiró de la capucha para desvelar la cabeza bajo ella.

Y dejó escapar un gemido ahogado.

El procurador no reaccionó apartándose, como cualquier ser humano habría hecho por acto reflejo; en lugar de ello, continuó con su trabajo impertérrito, incluso cuando se reveló su verdadera naturaleza.

Una vez fue un hombre. Años, o décadas tras, el procurador había sido alguien con un nombre, con una vida, con una identidad completa. Pero para entonces todo eso había desaparecido, extirpado junto a las porciones ausentes de su cráneo y su cerebro. El lugar de los pedazos ausentes lo ocupaban delicados engranajes de plata y bronce, minúsculas ruedas dentadas que giraban incesantemente en medio de redes de cristales mnemónicos y cápsulas de datos.

Aquella *cosa* que permanecía sentada frente a Tallery vivía y respiraba como ella, pero no era más consciente de sí misma que el propio cogitador que empleaba para procesar las entradas apiladas en su mesa de trabajo. El sustituto del procurador Lonnd no era más que un servidor privado de mente consciente, una marioneta

manipulada a través de tarjetas perforadas… y un acceso remoto desde alguna parte.

El primer escalofrío de miedo recorrió la espalda de Tallery cuando descubrió los cables que partían del cuello del procurador. Dichos cables desaparecían entre los pliegues de su túnica para reaparecer luego a sus pies. Los siguió con la mirada sobre el suelo hasta que vio cómo desaparecían en las sombras, en un hueco abierto en la pared. El servidor-procurador estaba cableado permanentemente a la red del Administratum, una modificación más propia del Mechanicum que de un funcionario del Departamento Munitorum.

Y si él… si *aquello…*, no era más que una marioneta controlada en la distancia por un amo anónimo…

Tallery miró fijamente a los vidriosos ojos del procurador, sin ser capaz de percibir la más mínima traza de reconocimiento, de comprensión. Y se preguntó quién estaría devolviéndole la mirada a través de aquellos ojos.

—Reanude sus tareas.

—S… sí, por supuesto… Tiene razón, seguramente no es nada, sólo un error de redondeo o algo así… No hay motivo para alarmarse…

Y Tallery abandonó el despacho, haciendo el esfuerzo de no salir corriendo.

En cuanto estuvo fuera de las dependencias del procurador, inmediatamente se percató de que todos y cada uno de los escribas de la oficina levantaron la cabeza de su labor y se la quedaron mirando, algunos con indiferencia, algunos con ojos fríos y calculadores. No tenía aliados entre sus colegas. Jamás había socializado con los demás en los cambios de turno, y eso había creado cierta suspicacia hacia ella. Hasta ese momento, a Tallery le había resultado indiferente aquel comportamiento, pero en aquel momento en que necesitaba apoyo desesperadamente, supo que no tendría ninguno.

Su mirada localizó a Kelkinod, al otro lado de la sala. No podía oír sus palabras, pero estaba manteniendo una animada conversación con un manípulo de cuatro humanoides mecánicos que se cernían sobre él. Cada una de las figuras lucía una librea con un diseño complejo, una especie de heráldica binaria que Tallery no era capaz de leer, pero que sí sabía lo que significaba: aquellos símbolos identificaban a los servidores de combate de la mismísima Dama de Riga, gobernante de la ciudad-

estado flotante y vástago de la Legio Cibernética. Se trataba de los cíborgs que habían asumido las labores de mantenimiento de la ley en la plataforma, versiones aligeradas de los thallaxii que el Mechanicum desplegaba en los campos de batalla. Patrullaban la ciudad incansablemente, impartiendo su cruda y dogmática justicia sobre todo criminal lo bastante desafortunado como para atraer su atención.

El corazón de Tallery dio un vuelco cuando vio cómo los labios de Kelkinod pronunciaban su nombre y se giraba para mirar en su dirección. Alzó una mano, apuntando con un dedo, y como una sola las cuatro figuras posaron sus frías miradas sobre ella. Las pulidas caras de las máquinas carecían de rasgos y, por supuesto, de toda emoción.

Inmediatamente comenzaron a aproximarse a ella.

—Katanoh Tallery, deténgase. Está bajo arresto por la ley del Imperio.

El sonido del miedo y la confusión entre los demás escribas inundó la sala.

—No… —respondió levemente Tallery— debe de tratarse de un error.

Si el cíborg que encabezaba el grupo escuchó sus palabras, no doy muestra alguna de ello. En lugar de ello, siguió avanzando hacia ella seguido de las otras máquinas en formación cerrada, con los brazos alzados que mostraban las pinzas y los cañones de armas eléctricas, que crepitaban mientras se cargaban.

Tallery retrocedió, un acto puramente reflejo. Sus pensamientos se atropellaban. ¿Era así como Lonnd había encontrado su fin, en las garras de aquellas máquinas? ¿Había revelado demasiado, habiendo puesto sobre aviso a las fuerzas mismas que estaban tras la conspiración? Sea como fuere, la escriba tuvo la certeza inmediata de que si se entregaba a los cíborgs, su vida acabaría. Ella era una buena ciudadana, una súbdita leal de su amado Emperador… e incluso así, en aquel momento se encontraba en medio de un remolino de desconfianza. Si ella desaparecía, nadie sabría de Otris ni de las naves desaparecidas ni de los suministros robados…

No podía permitir que aquello ocurriera.

—Katanoh Tallery, deténgase.

—Lo siento… No pudo correr el riesgo…

Tenía la máquina ya casi encima de ella cuando salió corriendo, esquivando la pinza que había intentado prenderla, casi chocando con un servidor que empujaba un archivador en el que se alineaban pilas de placas de datos y tomos encuadernados. Sin pensar, Tallery agarró al servidor por los hombros y lo empujó hacia los thallaxii.

Los pesados volúmenes y las placas se derrumbaron sobre las máquinas-soldado como una avalancha, bloqueando su avance momentáneamente. Tallery salió corriendo por uno de los pasillos.

Los pulsos de energía cruzaron el aire. Tallery pudo oír los gritos ahogados de los funcionarios demasiado lentos en reaccionar para ponerse a cubierto, los vio caer al suelo y retorcerse bajo las descargas.

—No se resista al arresto —oyó que dijo el cíborg.

—¡Tallery! —gritó Kelkinod en la distancia—. ¿Qué has hecho?

La escriba siguió avanzando por el corredor todo lo rápido que pudo, intentando alcanzar la plataforma elevadora del fondo. Intentaba pensar en una ruta de escape. El elevador la llevaría hasta los subniveles de la ciudad, donde podría perderse entre la multitud. Necesitaría encontrar una forma de abandonar Riga, quizá en una nave de carga…

Su plan saltó en pedazos en el instante en que un segundo manípulo de cíborgs dobló una esquina y se situaron entre ella y el elevador.

—Por el Trono, ¡no!

Estaba atrapada, le habían cortado la ruta de escape.

—Deténgase —dijo uno de los cíborgs con una voz casi idéntica a la del que la perseguía—. No se resista.

Tallery miró a su alrededor, frenética, desesperada. Había intentado huir, y ya no había marcha atrás. Aquellas máquinas jamás escucharían su justificación aunque intentara explicársela. En esos momentos ya la considerarían una fugitiva, y tendría suerte si no la acribillaban inmediatamente. La rebelión del Horus había puesto Terra en pie de guerra, y todo había cambiado de manera siniestra: la sombra de la traición hacía temer no sólo a lo que pudiera hacer el Señor de la Guerra, sino

también a lo que estuviera dispuesto a sacrificar el Emperador. El puño del Imperio se había apretado alrededor de sus ciudadanos, y la gente se imaginaba traiciones en cada esquina. Y estaban en lo cierto: había traidores en Riga… y querían a Katanoh Tallery.

—¡No me rendiré!

Se sacudió el pánico y se concentró. A unos pocos metros, la luz entraba por una alta vidriera que representaba una escena de granjeros trabajando en los campos de algún agrimundo. Sin vacilar, Tallery agarró un pequeño banco que había junto a la pared y lo arrojó contra la ventana, que saltó en pedazos.

—Alto —dijo la máquina—. Está bajo arresto. Deténgase.

Ignorando las órdenes del thallaxi, Tallery saltó por encima del marco hasta la cornisa al otro lado de los restos de cristal, donde el tamaño del cíborg no le permitía seguirla.

Hasta ese momento, en el que la maraña de calles se extendía muy abajo, la escriba nunca se había parado a considerar la altura de la torre. Pequeñas naves de transporte de carga y otros vehículos voladores circulaban alrededor del edificio y entre las torres de habitáculos de las inmediaciones. Un esquife pasó cerca, y le hizo señales a su piloto.

—¡Eh, tú! ¡Ayuda!

El esquife no se desvió de su trayectoria. Si no lograba escapar de la cornisa, sus perseguidores, tarde o temprano, hallarían la forma de apresarla. ¿Acaso no habría nadie que viniera en su ayuda? Todo el tráfico volador de una gran ciudad estaba pasando a escasos metros de ella, ¿y todo el mundo la ignoraría? ¿Estaban todos tan asustados en Riga que nadie se atrevería a levantar la cabeza ante una injusticia? ¿Tanto miedo había?

Sus pensamientos los interrumpió el ruido de la piedra al partirse.

—No puede escapar —dijo la voz mecánica.

Con una lógica sencilla, los cíborgs habían decidido un método directo para apresarla. Habiendo reconfigurado sus pinzas como puños, los thallaxii estaban

golpeando la pared, desmenuzando el muro para abrir un agujero hasta ella, siguiéndola con sus escáneres termales.

Un grueso brazo de plastiacero emergió de la piedra y aferró la túnica de Tallery. Ésta gritó, tirando de la tela en un vano intento por liberarse.

—¡Suéltame!

—No se resista.

—¡No! —gritó Tallery, presa del pánico—. ¡No!

Vio lo que iba a ocurrir, y también vio que nada podría impedirlo. La cornisa de piedra bajo sus pies se quebró, y cayó con ella.

Por un segundo, quedó suspendida de los jirones de tela que sostenía aún el thallaxi.

Y con un último desgarro, volvió a caer, su grito ahogado por el rugido del motor de una nave de carga.

Garro la miraba fijamente.

—Debería estar muerta.

—Por un momento creí estarlo. Pero caí sobre una nave de carga. Me agarré a ella con todas mis fuerzas… y *sobreviví* —Tallery sacudió la cabeza, casi como si no lo creyera aún—. El Emperador protege…

—Sí, lo hace… afortunadamente para usted. Ha tomado todas y cada una de las peores decisiones que podía. La ventana fue una decisión necia. ¿Dónde esperaba llegar desde ahí? ¿En qué estaba pensando?

—¡Estaba aterrorizada! ¡Reaccioné por instinto! Os lo he dicho, mi señor: sólo soy un imperfecto ser humano. No soy un guerrero. Todo esto es nuevo para mí.

—Eso es cierto. Sus acciones hasta el momento han sido fáciles de predecir. Por eso fui capaz de rastrearla tan fácilmente: considérese afortunada de que los soldados-máquina de la Legio Cibernética no cuenten con entendimiento superior; de ser así, si pudieran pensar en lugar de meramente reaccionar, ya la tendrían en su poder.

Garro frunció el ceño. Aquella mujer era una complicación del tipo que esperaba evitar. Pero a cada momento se hacía más y más evidente que el dilema que representaba Tallery no tendría fácil solución.

—Quizá las cosas han ocurrido como debían… —dijo la escriba, pensativa—. Quizá es el destino.

—En los últimos días esa es una idea en la que he pensado mucho…

—He escuchado en los canales públicos la orden de arresto contra mí. Me han marcado como traidora. Mis propios colegas me han dado la espalda, tanto el miserable de Kelkinod como los demás… Todos me creen culpable de crímenes contra el Emperador, ¡pero nada hay más lejos de la verdad! ¿Me creéis?

La pregunta tomó por sorpresa a Garro. Contuvo el impulso de asentir y miró a otro lado.

—Lo que creo… es que aquí hay mentiras. Y traidora o no, escriba, está ligada a ellas.

—Si me entregáis a las autoridades, me ejecutarán. Si la Dama de Riga es parte de la conspiración, me querrá silenciada… y si no, los que han manipulado los acontecimientos hasta ahora también la manipularán a ella. No se puede confiar en nadie.

—Y aun así me ha confiado lo que sabe. ¿Cómo está segura de que no soy parte de la conspiración?

—Porque en ese caso nunca me habríais permitido hablar: esa espada vuestra ya me habría separado la cabeza de los hombros.

Garro alzó la espada.

—Esta hoja se llama *Libertas*. El nombre tiene muchos significados, pero entre ellos está el de «verdad»… Y creo que es eso lo que habéis dicho. ¿Sabe lo que soy? ¿Lo que hago?

—Sois uno de los ángeles de la muerte del Emperador… un marine espacial. Aunque he de reconocer que no reconozco los colores de vuestra armadura… ¿A qué legión pertenecen?

—No pertenezco a ninguna. Ya no. La legión en la que renací ha caído en la infamia, pero se me ha concedido la posibilidad de servir a un deber mayor. Tengo un nuevo propósito, sirvo como *agentia primus* de Malcador el Sigilita. Cazo para él, escriba: busco guerreros como yo para que lo sirvan, y elimino a los espías del Señor de la Guerra.

—¿Por eso estáis aquí en Riga? ¿Os han enviado a acabar con mi vida?

Garro ignoró la pregunta. Los motivos para estar en la ciudad flotante eran privados, y no sentía deseo alguno de compartirlos con nadie.

—Decidí cazarla cuando escuché la orden de arresto en el canal público de seguridad. Mi presencia aquí es un secreto, incluso para Malcador.

—El Sigilita lo ve todo.

—Eso es lo que a él le gusta pensar. Pero he aprendido que hay muchos lugares a los que no alcanza su mirada.

Dicho esto, Garró envainó su espada. Se quedó unos instantes contemplando a aquella delgada y modesta mujer. Su historia sobre el material desaparecido, el artero empleo de la fuerza del Imperio en su propia contra, todo aquello le sonaba demasiado familiar.

Unos pocos años antes, cuando Horus había apretado el gatillo de su sangrienta rebelión, había tenido lugar otra traición similar a la descrita por Tallery. Las fuerzas traidoras habían robado de los muelles de Júpiter una gigantesca nave de guerra, el *Abismo furioso*. Se había tratado de un catastrófico fallo en la seguridad del Imperio, la revelación de una trama clandestina que había demostrado lo vulnerable que era el propio Sistema Solar a las maquinaciones del Señor de la Guerra y su red de espías.

A pesar de las purgas y pogromos posteriores, con toda seguridad los traidores seguían ocultos cerca del Mundo-Trono. Tan cerca como Riga, al parecer.

Pero había otra razón por la que Garro había dejado a Tallery con vida, no sólo por escuchar su historia. Su mirada volvió de nuevo al *aquila* dorada que colgaba de su muñeca.

—Sé lo que es, Katanoh Tallery. Sé en lo que *cree*.

—¿Qué… qué queréis decir?

—El amuleto que porta. Es el signo secreto del culto al Dios-Emperador. Cree que el Señor de la Humanidad es más de lo que proclama. Lo considera una deidad viviente, merecedor de su devoción incluso cuando Él mismo la ha negado. Su iglesia, su fe, ha sido prohibida por la Verdad Imperial.

Ella bajó la vista y asintió despacio.

—Es verdad. Creo en Él. Es por Su gracia por la que todavía sigo con vida. Tiene que ser por eso. Me consideraréis una necia por decir todo esto…

Garro le dirigió una triste sonrisa y negó con la cabeza.

—Entonces yo también soy un necio. He aprendido con sangre y fuego que la fe es la única constante. El Emperador protege, Tallery. Si eso es mentira, entonces no hay propósito alguno en este conflicto… y no estoy dispuesto a aceptar eso. En pie, escriba. No podemos quedarnos aquí. Los drones volverán.

Con una civil a su lado, Garro ya no contaba con la ventaja de emplear el manto de falsedad. Había plegado y guardado la capa de nanocamuflaje, y estaba empleando tácticas de cobertura básica, avanzando a través de las sombras más oscuras de los muelles. No obstante, había que reconocerle a Tallery que aprendía deprisa. La escriba imitaba sus movimientos lo mejor que podía, intentando seguir lo más exactamente sus pasos, evitando todo aquello que pudiera delatarlos. No cuestionó ninguna de sus decisiones, lo que decía mucho de su carácter. Los sentidos mejorados de Garro podían percibir el olor del sudor en su piel, escuchar la urgencia de su respiración, hacerlo consciente del terror que la atenazaba. Y podía comprender que sólo el miedo a la muerte era lo que le permitía superar el miedo que sentía hacia él.

A los ciudadanos del Imperio, la gente como Katanoh Tallery, se les enseñaba desde su nacimiento que los astartes eran la guerra encarnada, vástagos de la batalla a los que reverenciar y temer. A veces Garro y sus hermanos perdían de vista aquel hecho.

Se giró y le dirigió a la mujer lo que esperaba que fuera un gesto de aprobación con la cabeza, aunque no estaba seguro de si ella lo había interpretado como tal.

Querría haberle explicado que no eran tan distintos, el guerrero y la escriba, ambos víctimas de la misma traición. Garro también había sido acusado de traición por hombres estrechos de miras y aquellas acusaciones aún le dolían. Incluso si no podía comprender nada más de la vida de Katanoh Tallery, aquello lo entendía muy bien.

—Por aquí.

—¿Dónde vamos, mi señor?

—A localizar…

Sin previo aviso, unos brillantes focos apuñalaron la oscuridad entre las grúas sobre sus cabezas, llenándolo todo con su cruda luz. Garro alzó la mirada, sus ojos modificados ajustándose en microsegundos a aquella luminosidad; Tallery levantó las manos para protegerse de ella, retrocediendo torpemente.

—Quietos. Han sido localizados. No intenten escapar —dijo la mecánica voz de un thallaxi.

Garro maldijo su mala fortuna. Se había arriesgado a retroceder sobre la ruta de huída inicial de escape de Tallery en un intento por confundir a las patrullas de thallaxii, pero al parecer aquellas máquinas no eran tan necias como había esperado.

—¿Cuántas de esas cosas han enviado? ¿Todo esto por un mero contable?

Las pesadas formas metálicas eran unas sombras más allá de la intensa luz; en ellas pudo apreciar los perfiles de los aturdidores eléctricos y los mazos de energía. Uno de tales cíborgs no habría sido contrincante para él —lo habría reducido a pedazos con *Libertas* en unos segundos—, pero se trataba de toda una cohorte la que avanzaba hacia ellos, y teniendo que mantener a salvo a Tallery, parecía que el enfrentamiento se decantaba en contra de Garro.

Decidió esperar, manteniendo una mano cerca de la empuñadura de su espada y otra cerca de la pistola enfundada en su cadera.

—Van a matarnos… —susurró aterrorizada Tallery.

—No permitiré que eso ocurra. Retroceda.

—Su presencia en éste sector no ha sido sancionada —dijo una de las máquinas dirigiéndose a él—. Identifíquese.

—Soy el capitán Nathaniel Garro, *agentia primus* del regente de Terra. Por mi autoridad, ordeno que bajéis las armas.

—Su autoridad no se reconoce —respondió el thallaxi—. Apártese. Entregue a la escriba para su custodia.

—¿Desafías la voluntad de lord Malcador?

Garro se giró para mostrar el sutil emblema prácticamente oculto en una de sus hombreras, el símbolo que representaba la sanción oficial del Sigilita.

—Sabes lo que esta marca significa, máquina. Bajad las armas. Os lo ordeno.

—Orden rechazada. La erradicación del objetivo tiene primacía sobre su autoridad. Sólo respondemos ante la Dama de Riga.

No era aquella la respuesta que Garro esperaba, y notó cómo Tallery temblaba tras él. Ningún ser humano se habría atrevido a dirigirse así a un representante del regente, aun cuando éste —como en el caso de Garro en aquel momento— estuviera operando fuera de las órdenes del Sigilita. Pero los señores de Riga no eran meros humanos, se recordó a sí mismo.

Lo que hacía de Riga una ciudad única entre todas las plataformas flotantes sobre Terra era que sus dirigentes eran los mecaseñores en el exilio del Mechanicum bajo las órdenes del nuevo fabricador general Kane que habían escapado de la Caída de Marte. Tras aquellos eventos, ciertas casas leales de la Legio Cibernética habían ganado el favor de la corte Imperial, y Riga había sido recompensada con ciertos privilegios por su lealtad. Garro no era un especialista en tales juegos de poder políticos, ni quería serlo. Lo único importante para él es que eso significaba que eran máquinas carentes de emociones las que estaban frente a él, no arbitradores de carne y hueso a los que habría podido coaccionar.

—La escriba Tallery ha sido declarada *excommunicate traitoris* —dijo la máquina, impasible—. Apártese.

—Me niego. Está bajo mi protección.

—Entonces será reclasificado como cómplice de sus crímenes y tratado de conform…

En un parpadeo, *Libertas* había abandonado su vaina a la espalda de Garro y había trazado un brillante arco hasta acabar en un corte limpio que decapitó al soldado-máquina.

—¡Escriba, a cubierto!

Con la otra mano, Garro disparó a quemarropa a otro de los thallaxii antes de que éste pudiera descargar su arma eléctrica.

—Ataque en progreso. Apresar. Terminar. Ataque en progreso. Apresar. Terminar.

Las máquinas abrieron fuego mientras repetían sus comandos como una letanía. Garro comenzó a moverse entre ese maremágnum, sintiendo cómo lo poseía su sentido de batalla. Aquella vieja sensación lo embargó, entre aquellas máquinas, luchando sin tener que contener sus ataques como habría tenido que hacerlo de haber sido seres humanos. El guerrero apretó los dientes, acabando con cuantos cíborgs se ponían al alcance de sus veloces y mortales cortes.

Devastador tras devastador golpe, disparo a disparo, Garro comenzó a adentrarse en el pequeño ejército de máquinas, enseñándoles la dura lección de que la carne y el hueso transhumanos eran tan implacables como el plastiacero y el bronce.

Sobrepasada por lo que estaba viendo, Tallery no podía apartar la mirada del legionario. Garro desmembraba las máquinas-soldado de la Legio Cibernética con brutal precisión, recibiendo los golpes de los mazos de energía con firme determinación y contraatacando sin desfallecer. El suelo bajo sus pies se había oscurecido, empapado de lubricante, combustible y fluidos de procesado orgánico. Los miembros robóticos amputados caídos se retorcían, abriendo y cerrando dedos y pinzas mientras aún les quedaba algo de energía.

El guerrero de armadura gris acabó con otro thallaxi con un disparo a quemarropa, haciendo saltar su cabeza como metralla. Había abierto una brecha en sus líneas. Garro se arriesgó a lanzar una mirada atrás hacia donde estaba ella, e instintivamente supo lo que debía hacer.

—¡Escriba, huya!

Tallery sintió el escozor de la culpa cuando se dio la vuelta, abandonando al marine espacial, una reacción extraña hacia alguien quien pocas horas antes había estado a punto de ejecutarla. Pero con sus acciones, con su concesión a escucharla, Garro había demostrado ser un alma noble, presto a defenderla. Presto a creerla.

—¡Deprisa! ¡Pedirán refuerzos! —dijo, medio girándose en dirección a Garro.

Notó cómo se le hacía un nudo en la garganta. Las veloces y mortales máquinas restantes se estaban reagrupando, y no cesaban de atacar al legionario, que estaba rodeado.

—¡No mire atrás! —gritó éste.

Una salva de descargas eléctricas alcanzó a Garro desde todo ángulo a su alrededor cuando las máquinas-soldado dispararon al unísono. Serpientes de energía de un azul penetrante reptaron sobre su servoarmadura hasta alcanzar su carne. Un dolor que podría haber matado a diez hombres le arranco un grito agónico, desestabilizándolo, haciendo que clavara una rodilla en el suelo, luchando por mantener la consciencia.

O eso le pareció a ella.

Un segundo después, con un rugido sobrehumano, Garro soportó aquella agonía y se levantó de nuevo, en medio de la red de llamas azuladas que lo rodeaba. Su espada brilló con su propio campo de energía, y trazó un rutilante arco de acero mortal.

Tallery lo comprendió: había permitido que las máquinas lo rodearan con el fin de acabar el enfrentamiento con un único y perfecto movimiento.

La espada segó los cuellos de los thallaxii restantes, decapitándolos uno tras otro. *Libertas* destelló, acabando con la lucha en un instante.

Tallery retrocedió despacio, reuniéndose de nuevo con Garro.

—Es cierto lo que dicen —dijo Tallery, casi conmocionada—, que sois el puño del Emperador, su voluntad manifiesta…

—Es una forma de verlo. Le dije que huyera. Si me hubieran derrotado…

—Eso parecía poco probable.

—No soy invencible. Nadie lo es, ni siquiera el propio Emperador, no importa lo que creamos de Él.

Tallery miró los restos de los thallaxii.

—Esto confirma que la Dama de Riga me quiere muerta.

—Quizá. Pero a una máquina se le puede hacer creer lo que se desee. Sólo tiene la lealtad con la que ha sido programada. Puede que hayan sido otros.

—Sean quiénes sean los que estén tras todo esto, ahora nos perseguirán a ambos.

—Sin duda. Por eso tenemos que descubrir la verdad de lo que ocurre.

—No sé ni por dónde empezar…

La respuesta del guerrero se perdió en la tormenta de ruido provocada por unos reactores.

Tallery emitió un grito. Un dron con aspecto de ave rapaz se cernió sobre ellos, sus alas curvadas hacia abajo, las toberas que lo mantenían suspendió sobre ellos expulsando aire con la fuerza de un tornado. Unos cañones pesados, con la potencia suficiente como para atravesar el blindaje de un tanque, se giraron para apuntarlos. Tallery vio los impasibles ojos artificiales del cerebro-máquina que controlaba aquel depredador mecánico, y en ellos contempló su propia muerte.

—¡No me queda munición! ¡Escriba, detrás de mí!

—Objetivos localizados —resonó a través de los altavoces del dron—. Terminar.

Garro apretó los dientes y blandió su espada frente a la máquina, desafiante.

—¡No pereceré aquí, a manos de un ave mecánica! ¡Vamos, intenta matarme si te atreves!

Pero antes de que la máquina abriera fuego, la escriba corrió hasta situarse directamente delante de ella.

—¡Tallery, no!

—Objetivo primario fijado —indicó el dron.

Garro pensó que el gesto de la mujer era tan valiente como suicida: colocarse en medio para salvarlo de recibir la andanada. Pero entonces vio que alzaba las manos y se dirigía a los sensores del dron directamente, llamando su atención.

—¡Escúchame! ¡Entrada de orden directa, *officio centrum omnis pentalia*!

Para sorpresa del legionario, el cerebro-máquina del dron pareció vacilar.

—En nombre de Terra…

Entonces Tallery comenzó a gritar.

—¡Invalidar! ¡Cero-cero-uno, uno-uno-cero-uno, uno-cero-cero, uno-cero-uno, uno-cero-uno-cero, cero-uno-cero-uno, cero-cero-uno!

Entonces los cañones de la máquina se desactivaron.

—Directiva aceptada. Regreso al hangar cuatro-ocho.

Tan abruptamente como había descendido sobre ellos, el dron se alejó sin realizar un solo disparo.

—Ha funcionado —dijo para sí misma Tallery—. Alabado sea el Emperador, ¡ha funcionado!

—¿Qué ha hecho? Lo que ha dicho, era código del Mechanicum…

—Binario con base en gótico, sí. He empleado una directiva del departamento para convencer al dron de que necesitaba rearmarse. Ahora mismo va de regreso a su hangar… «A una máquina se le puede hacer creer lo que se desee», ¿no es eso lo que me dijisteis? Sólo hace falta saber cómo hablarle.

—¿Y no podía haberlo hecho antes con las máquinas-soldado?

—Distintos mecanoides tienen distintos protocolos de mando. Recordé los del dron de una adenda a los archivos del procurador Lonnd. Recuerdo todo lo que veo… Parecía un riesgo razonable.

—Parece que tiene cierta tendencia a arriesgar su vida. Podía haber muerto.

La escriba dejó escapar un suspiro tembloroso, y Garro la vio palidecer en el momento en que el flujo de adrenalina en su organismo descendió.

—Eso habría ocurrido de todas formas. Tenemos que irnos. Otros drones vendrán en lugar de ese, y no creo que mi truco funcione de nuevo… ¿Hay algún lugar donde podáis enviarme? ¿Ponerme en custodia de alguna forma? Si sois un agente de Malcador, entonces quizá podáis mantenerme a salvo hasta que todo esto se esclarezca…

Sin que éste pudiera evitarlo, la cicatrizada frente de Garro se frunció en señal de frustración. Su presencia en Riga no había sido sancionada, y se resistía a especular sobre lo que supondría para él que el Sigilita tuviera noticia de ello. Malcador no era un hombre que tolerara la desobediencia, como muchos habían descubierto a su pesar.

Negó con la cabeza.

—Aunque lo desearía, por el momento esa opción no es viable. De momento las circunstancias dictan que deberemos permaneces juntos, escriba. Voy a necesitar de su memoria para penetrar las mentiras de esta conspiración. Debemos encontrar Otris y hacernos con sus secretos.

Garro pensó que la mujer se opondría, pero al final Tallery asintió despacio.

—Mi vida está en vuestras manos, mi señor, como lo ha estado desde que nos encontramos.

Tras varias horas, habían logrado alcanzar el segundo anillo de muelles bajo la plataforma sin más incidentes.

Las torres como estalactitas se extendían desde el reverso de la plataforma de la metrópolis flotante, con nada más que el aire bajo ellas y el Mundo-Trono más abajo. En los muelles de las torres es donde aguardaban las naves heridas en combate, a la espera de nuevos destinos. Para muchos de aquellos orgullosos navíos, los que habían sido prácticamente aniquilados en su lucha contra los traidores, sólo les quedaba un viaje final hasta las mandíbulas de algún desguace. Una de tales naves —una pequeña corveta que había servido en la flota de defensa de Próxima Centauri— permanecía anclada a la espera de la orden de surcar el espacio por última vez.

En el interior de la pequeña sala de control de una de las torres, un servidor solitario operaba los sistemas del muelle en un ciclo interminable de entradas y salidas.

—Listo para. Desenganche. Preparar.

La compuerta de la sala se abrió, y Garro y Tallery entraron en la sala.

—Esta área. Es restringida.

—Asegúrese de que esa es la correcta —dijo Garro a Tallery ignorando al servidor.

—Sí.

Inmediatamente, Tallery se puso a teclear en una de las consolas.

—Alto. Identifíquese.

—Mira la insignia de mi armadura, servidor. Reconoce su autoridad.

—¿Qué ocurrirá si no lo hace? —comentó Tallery sin dejar de teclear—. Eso no funcionó la última vez que lo intentasteis…

Garro introdujo un cargador lleno en su pistola bólter.

—Entonces las cosas no le irán muy bien a nuestro amigo de medio cerebro.

El servidor vaciló, las lentes de color rubí de sus ojos artificiales zumbando y reajustándose para enfocar el sello de Malcador.

—La marca. Del Sigilita.

—Te lo diré claramente: obedece o acabaré aquí mismo con tu patética existencia.

—Entendido. Mi señor.

—Aprende rápido… —dijo Tallery—. El navío es el correcto. Una nave muerta con uno de los números de registro que descubrí en los documentos ocultos. El plan de vuelo indica que su destino es uno de los depósitos de chatarra de las lunas de Júpiter.

—Servidor. ¿Cuál es el destino real de la nave?

—Destino exacto. Desconocido.

—¿Dónde está Otris?

Con la mera mención de la palabra por parte de Garro, el servidor comenzó a sufrir convulsiones como la víctima de un ataque epiléptico.

—Desconocido. Desconocido. No hay respuesta. Datos purgados.

—Alto —dijo Tallery, deteniendo el proceso del servidor—. Debe de ser un bloqueo mnemónico. No conoce la palabra porque *no puede* conocerla. Han debido de quemar en su mente toda referencia a Otris.

—Ni un psíquico podría encontrar nada ahí. Servidor, ¿cuánto queda para que la nave parta?

—Salida en. Diez. Minutos.

—Es poco tiempo. Démonos prisa.

Los guardas que vigilaban aquel embarcadero secundario eran pocos, lo que permitió a Garro y Tallery alcanzar la nave sin demasiados obstáculos. La escriba hizo todo lo posible por mantener el paso del astartes, pero había llegado a un punto en que sus fuerzas comenzaban a flaquear. Garro abrió una de las escotillas de ventilación para adentrarse en el interior.

—Deprisa, escriba. Los cables umbilicales se están desenganchando. La nave comenzará su travesía en un minuto.

Como si respondiera a sus palabras, la cubierta de la nave comenzó a temblar cuando los motores se activaron.

—Espero que sepáis lo que estáis haciendo, mi señor.

—Tiene fe en el Emperador, Tallery. Concédame una fracción de la misma.

—Nunca he estado en los muelles jupiterinos… A decir verdad, nunca he abandonado la órbita de Terra en toda mi vida.

—Dudo que Júpiter sea nuestro destino. Otris puede estar en cualquier parte dentro de la autonomía de esta nave.

Tallery miró a Garro con preocupación.

—Pero si no saltamos a la disformidad… ¡Podemos navegar durante días o meses!

—O más. Pero ya no podemos echarnos atrás.

Con la ignición de los motores, la nave muerta se separó de Riga. Minutos después abandonó la atmósfera de Terra y dirigió su dañada forma hacia las estrellas.

La cubierta bajo sus pies tembló aún más a medida que la velocidad se incrementó, y las luces parpadearon sobre sus cabezas cuando su luz se redujo y la energía fue reconducida a sistemas más importantes. La temperatura comenzó a descender. Placas de escarcha comenzaron a formarse sobre las paredes de metal, y sus alientos se convirtieron en fuentes de vapor.

—El frío… ¿de dónde viene? —preguntó Tallery, temblando.

—Me lo esperaba. Viajamos a bordo de una ruina. La nave no tiene tripulación humana, sólo cogitadores y servidores para vigilar su curso. Todas las cubiertas están vacías, así que no hace falta soporte vital. Oxigeno, agua, calor… todo eso es innecesario.

—¿Y cómo se supone que voy a sobrevivir sin todo ello? He oído que los marines espaciales pueden resistir incluso el vacío del espacio profundo, ¡pero yo no tengo ese don!

Garro hizo un gesto hacia el corredor, indicando uno de los compartimentos laterales, y dirigió a Tallery hacia él.

—No la he traído tan lejos para permitir que muera de hambre o asfixia. Tiene razón: mi fisiología me permite sobrevivir por largos periodos de tiempo en un estado de suspensión. Por décadas si es necesario. Tengo en mente algo similar para usted.

En la sala en la que entraron había dispuestas docenas de cápsulas de vidrio, cada una del tamaño de un ataúd, a cuyo alrededor serpenteaba el vaho de gases bajo cero.

—Cápsulas de estasis… ¿Me vais a sumergir en sueño profundo?

—Permaneceré de guardia a su lado mientras duerma.

Tallery notó cómo se le aceleraba el pulso y el pánico crecía en su interior.

—¡No! ¡No puedo! ¿Y si no despierto?

—Pronto la atmósfera será tan escasa aquí que no podrá respirar. He visto morir hombres de esa manera, y no es una muerte limpia. Y tiene que sobrevivir. La necesito para terminar lo que hemos empezado.

—Esto es demasiado para mí…

—No lo creo. Es más valiente de lo que cree. Se enfrentó al dron sin miedo.

—Oh, tenía mucho miedo, mi señor —dijo Tallery dejando escapar una seca risa.

—Permanecerá a salvo. Tiene mi palabra.

Garro conocía el funcionamiento de las cápsulas de estasis del régimen de adiestramiento hipnagógico que había recibido como recluta de la legión. Recordó los datos que le habían sido implantados en la mente como neófito de la Guardia de la Muerte en lo que era casi una vida anterior, y se puso a operar los controles del dispositivo.

Sabía que no podía dejar que Tallery pensara sobre sus actuales circunstancias, o la resolución de la escriba se agotaría. Tenía que mantenerla concentrada en algo.

—Quisiera saber cómo llegó a creer en la divinidad del Emperador, escriba. ¿Por qué piensa que es un dios entre los hombres?

—No soy la única que lo cree. Incluso aunque los lores de Terra no lo acepten, incluso si Él mismo lo ha negado con Su doctrina de la Verdad Imperial… El número de creyentes crece día a día. Aquellos que compartimos la visión verdadera, aquellos que abrazamos la fe, somos muchos.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Leí un libro. La *Lectio divinitatus*. Una edición muy burda, impresa en papel real, ¿os lo podéis imaginar? Me la entregó un amigo que murió hace tiempo. Lo que estaba allí escrito… Lo único que puedo decir es que *me habló a mí*, de una manera que no sé expresar. Me sentí como si hasta ese momento hubiera estado ciega toda mi vida, y que sólo entonces había aprendido a ver —se detuvo y bajó la vista, sonriendo—. Sé que suena irracional cuando lo digo en voz alta.

—Quizá para otros, pero no para mí.

—¿Adoran los legionarios al Emperador? Son los hijos de sus hijos los primarcas, después de todo.

—Lo obedecemos, pero es… *impropio* considerar al Emperador un ser divino.

Ella estudió su mirada atentamente.

—Parece que creéis algo diferente.

—También me cuesta ponerlo en palabras. He presenciado horrores, escriba Tallery. Mundos ardiendo. Monstruos. Hermanos volviéndose contra sus hermanos. Muerte y guerra. Y lo único que me ha salvado de toda esa locura ha sido mi fe inquebrantable.

—¿En qué?

—En Él. Creo que me ha protegido por algún motivo, porque ha visto cuál sea mi propósito…

—Os envidio —Tallery suspiró—. Después de todo lo que ha pasado en estos días, mi convicción ha sido puesta a prueba.

Garro cerró los ojos.

—No sólo la suya. Es la naturaleza misma de este conflicto. Vine a Riga porque esperaba encontrar respuestas… no he hablado de ello con nadie hasta ahora.

—Estáis buscando a santa Keeler, ¿verdad?

—¿La conoce?

—¿Cómo no? —los temblores recorrían con más frecuencia el cuerpo de Tallery—. Dicen que concede la iluminación con cada palabra que pronuncia. Pero nunca la he visto. Hay rumores de que la santa se mueve de plataforma en plataforma, sin alejarse nunca de Terra… Vinisteis a Riga con la esperanza de encontrarla.

—Estaba equivocado… Pero Euphrati Keeler me ayudó a ver con claridad una vez, y esperaba que pudiera hacer lo mismo de nuevo.

Hacía lo que parecía una eternidad, Garro había comandado a los fugitivos a bordo de la *Eisenstein* en una huida desesperada de la traición de Horus en el Sistema Isstvan. Keeler había estado a su lado en aquel viaje predestinado en el que Garro

había aceptado cómo las acciones del Señor de la Guerra los había cambiado a ambos. Keeler se había convertido, a falta de una palabra mejor, en una profeta. Y él se había convertido en un creyente.

—Al aire… Me cuesta… respirar.

Garro abrió la cápsula de estasis.

—Túmbese. Estaré aquí todo lo que dure el viaje.

Con cuidado, la escriba entró y se tumbó en el interior acolchado.

—Os estoy confiando mi vida otra vez. En el nombre de la santa… y del Emperador.

—Su fe es verdadera.

La cápsula comenzó a cerrarse.

—Y la vuestra. Como el valor, que proviene del interior, no de… las palabras de otros —dejó escapar una suave risa nerviosa y cansada—. Lo leí en un libro…

La cápsula se cerró, y en el aire sonó el silbido del gas y el crepitar del hielo. Garro comprobó los indicadores de la frágil vida de Tallery. Congelada en un instante de tiempo, sobreviviría hasta que alcanzaran Otris. Estuviera donde estuviera.

—Duerme, Katanoh Tallery. Yo velaré por ti.

Terra se hundió en la negrura sin fin, y la ruinosa nave continuó su viaje en soledad. Sus motores ardiendo en el vacío, el navío era como una vela, una pequeña astilla de metal corroído en la noche implacable.

Cuando Tallery se sumergió en el no-sueño de la estasis, Garro se unió a ella en su propia forma de animación suspendida. El legionario se sumió en un estado de trance. El nodo cataléptico implantado en lo más profundo de su cerebelo le permitía descansar sin la necesidad de un sueño real, al menos no como lo entendían lo seres humanos. Mientras un hemisferio del cerebro permanecía dormido, el otro mantenía un nivel de alerta, y alternándose nunca llegaban a permitirle hundirse en la inconsciencia.

Los días se alargaron y se estrecharon como cristal fundido. En la oscuridad del abismo sin sueños entre mundos, el silencio lo llenaba todo. Fuera, donde las estrellas se erigían como pilares de gravedad y la noche duraba siempre, uno podía llegar a olvidar, por unos breves momentos, que aquella era una galaxia en llamas. Pero aquellos que miraban con más atención, aquellos que podían percibir el hedor que envolvía aquellos distantes puntos de luz, podían ver los hilos de la corrupción extendiéndose entre mundos. Los soles eran consumidos y los planetas se volvían olvidadas cenizas estériles. En aquel silencio, la galaxia gritaba.

Pero Garro no lo oía. Permanecía tras los muros de su propia mente, en compañía de pensamientos que se movían a la velocidad de un glaciar: las preguntas que nunca abandonaban al antiguo Guardia de la Muerte, sus dudas y sus miedos.

—Keeler… ¿dónde estás?

Su espíritu inquieto se removía en los confines de su alma, resistiéndose a algunas de las verdades que había aceptado. Si tenía fe, como le había confesado a la escriba, ¿por qué le seguía resultando difícil aceptar lo que lo rodeaba? ¿Había todavía alguna parte suya que esperaba ver cómo la rebelión acababa pacíficamente? ¿Había la más mínima esperanza, por milagrosa que fuera, de que los terribles actos que se habían cometido pudieran deshacerse?

Demasiados secretos. Garro había ido a Riga en busca de sentido, y sólo había dado con más preguntas. Y un secreto más crítico que ningún otro se había hecho patente.

—¿Qué es Otris?

La nave siguió cayendo a través del espacio hacia la respuesta.

Parecía que el viaje duraría para siempre.

Pero al final, tras un tiempo incalculable de silencio, la vieja y dañada corveta alcanzó la órbita de una nublada y sombría esfera.

Si hubiera habido algún observador en los ventanales blindados de las cubiertas de mando, le habría parecido que desde la distancia el planetoide no presentaba ningún rasgo discernible en su superficie. Pero al aproximarse, le habría sido

revelado que se trataba de un mundo amortajado por un denso manto de niebla ondulante, empujado constantemente por poderosos vientos.

La nave varió su rumbo y se dirigió hacia un océano de sombra, sacudida por las propulsiones esporádicas de los cohetes de maniobra que corregían su curso. Otras naves llegadas desde otros puntos del espacio seguían la misma ruta. Algunas de ellas eran poco más que pecios como la corveta, pero otras eran naves recién salidas de los astilleros de los mundos-forja a lo largo de todo el segmento. Todas y cada una habían llegado hasta allí en secreto, sus tripulaciones servidores lobotomizados o un escaso número de almas a las que los ocultos responsables de aquella trama habían otorgado su confianza.

Al alcanzar el punto de reentrada atmosférica, la nave cortó el denso cielo alienígena, convirtiéndose momentáneamente en una lanza ardiente. El último viaje de la nave casi había terminado, y en lugar de haberlo hecho en algún distante desguace de Júpiter, sus huesos de hierro y su piel de acero serían reutilizados para un fin desconocido para el Imperio.

Emergiendo de la densa nube del cielo, la nave comenzó a sobrevolar la costa de un mar de metano, avanzando entre las rachas de viento y a través de una lluvia de hidrocarburo. Cruzando por encima de riscos esculpidos de hielo negro y de cimas criovolcánicas, sus motores ardieron una última vez para aterrizar junto a las grúas que la desmantelarían. Devorado por aquel cielo desconocido, el sonido moribundo de los motores principales se acalló. Otris había reclamado otra víctima… y la cuenta estaba muy lejos de terminar.

Los sopletes comenzaron a cortar la vieja corveta antes incluso de que se hubiera disipado el calor de su reentrada, de la misma manera que un sirviente podría despiezar un animal recién asado para la cena de su señor.

—Rápido, escriba. Tenemos que abandonar la nave.

—Sí… ¿Qué… qué me habéis puesto en la cara?

—Una máscara. La atmósfera en este planeta está saturada de nitrógeno. Mis pulmones mejorados pueden procesarlo, pero los suyos…

—Sí… Me siento débil.

—Un efecto secundario de la estasis. Pasará.

—¿Esto es…? ¿Hemos encontrado Otris?

—Hemos llegado al final de nuestra búsqueda.

—Trono…

Tras ellos, los puertos de aterrizaje se extendían hacia la línea fracturada de unos oscuros picos. Recordaban a los muelles de Riga, pero estaba claro que las naves aquí traídas estaban siendo reconvertidas en algo muy diferente. Un titánico proceso de reutilización estaba en marcha.

Monorraíles y elevadoras gravitacionales transportaban los metales desguazados hasta una inmensa construcción a la sombra de una montaña negra, un círculo gigantesco cortado a láser en el hielo duro como la roca que era la superficie del planeta. Frente a ellos se desarrollaba el trabajo de incontables equipos de construcción en trajes especiales y exoesqueletos, algunos disponiendo cimientos de rococemento, otros ensamblando vastos bloques de mármol o granito en los muros, almenas y parapetos.

Los andamios se extendían desde los niveles más bajos del pozo hasta las más altas grúas mecidas por el viento, y las luces de posición parpadeaban bajo la constante llovizna oleosa. Tallery pudo ver inmensas estructuras ya levantadas entre aquellos armazones, y cuando comenzó a procesar lo que estaba viendo, tuvo una súbita intuición. En el centro mismo del pozo de trabajo se levaba un pináculo artificial tan alto como la montaña frente a la que se recortaba. Y aunque estaba inacabado como todo lo que podía llegar a ver, Tallery inmediatamente comprendió que lo que estaba viendo era una fortaleza de alguna clase. A la torre la rodearía una gran ciudadela que sería el centro de la colosal edificación, y a sus pies se levantarían otros edificios de la misma majestuosidad.

—¿Qué están construyendo? No he visto nunca nada parecido.

—Yo sí —dijo Garro, rememorando—. En Barbarus construyeron algo así tras la venida del Emperador. Y hay construcciones similares en Baal, Macragge, Fenris y otros mundos. Es una fortaleza de batalla, un lugar desde el que dirigir una guerra.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la escriba. Parpadeó, e intentó limpiar la lluvia del color del óxido que le empañaba la máscara. Cuanta más atención prestaba, más señales veía de que los trabajos estaban muy avanzados. Se le encogieron las entrañas al pensar en las dimensiones del ejército que una construcción así podía

albergar. Tallery no era una estratega, pero sabía de números y logística lo suficiente como para saber que, incluso haciendo un cálculo prudente, aquella fortaleza podría mantener miles de soldados y máquinas de guerra.

A cubierto tras un risco, observaron el lugar con suma atención. Garro permaneció en silencio, su lúgubre mirada suficiente para indicar el tono de sus pensamientos.

—No veo emblema de legión alguna. Tampoco veo la marca de ningún regimiento o compañía que reconozca.

—Es como vuestra armadura… Así que Otris es una base secreta, como esperábamos. Tiene sentido. Todo el material, los suministros desviados desde Riga, ha llegado hasta aquí. Los están empleando para construir lo que vemos.

—Y no sólo de Riga. Le garantizo que los datos que descubrió en su plataforma orbital son los referentes a una de las muchas líneas de suministros. Para mantener algo de esta envergadura en secreto… Han tenido que robar todo esto en cantidades mínimas para no disparar ninguna alarma, y han tenido que hacerlo en centenares de plataformas y mundos del Imperio. En tiempos de conflicto, es fácil desviar una nave aquí, un convoy allá…

—Esto es mucho peor de lo que imaginaba. No hemos descubierto sólo un gobernador corrupto llenándose los bolsillos, ¡esto es un nido de los colaboradores del Señor de la Guerra tras nuestras propias líneas de batalla! ¡No puedo creerme que algo así haya podido ocurrir sin que nadie lo supiera!

—Recuerde, la cohortes de Horus construyeron y robaron el *Abismo furioso* de la misma manera; esto no es más que una evolución de la misma táctica, sólo que a mayor escala. Levantar un baluarte secreto profundamente en territorio del enemigo, para golpearlo desde un punto vulnerable. Y el golpe genial es que los traidores han empleado nuestras propias infraestructuras para erigirlo. Me admiro de su arrogancia —entonces Garro alzó la mano y señaló hacia el cielo—. ¿Ve las espiras allí, en las cumbres de la codillera? Dispositivos con contramedidas de detección. Docenas de ellos rodeando todo el lugar, proyectando una maya de energía que confunda a los sensores dirigidos hacia aquí. Con ellos, y la cobertura de nubes… Ninguna nave que pasara cerca descubriría nada sospechoso.

—¿Pero quién ha podido orquestar una obra de esta magnitud? ¡Nadie puede levantar una fortaleza en mitad del espacio imperial y evitar ser detectado!

—Y no lo han evitado, escriba Tallery. Usted los ha encontrado.

Garro hizo un gesto con la cabeza, y Tallery miró por encima de su hombro.

Abajo, un grupo de figuras embozadas cruzaban la pista empapada de lluvia. Vestían túnicas de un escarlata manchado de barro, ribeteadas con diseños de dientes de engranajes. Las formas de bronce de sus miembros biónicos atrapaban de vez en cuando alguna débil luz.

—Por lo que se ve, su traición ha alcanzado fuera de Marte —dijo Garro.

—El Mechanicum…

El fulgor difuso del día se fue diluyendo en el cielo anaranjado y la noche comenzó a caer sobre la superficie del planetoide: llegó acompañada de un aire helado que convirtió aquella oleosa lluvia en una grasienta nevada química.

Garro sabía que permanecer en el perímetro de la construcción antes o después haría que los descubrieran. Cuidando de que Tallery no se apartara de su lado, se movió todo lo rápido que se atrevió hacia el interior del inmenso pozo. Allí, se subieron a un vagón presurizado del monorraíl que los llevaría hasta la ciudadela.

A través de los ventanucos, vio pasar los esqueletos de búnkeres incompletos y torres de artillería armadas con las baterías reutilizadas de las naves de guerra. Nada se desperdiciaba en Otris. Aquel era un diseño que podía rivalizar con las fortificaciones de los Puños Imperiales una vez estuviera concluido… pero sólo si se permitía que siguiera adelante.

Garro consideró la idea de infiltrarse hasta el corazón mismo de la ciudadela. Si el diseño seguía los protocolos imperiales, en su núcleo habría un poderoso reactor. Sabía cómo convertir en un arma un dispositivo así, y una sobrecarga catastrófica aniquilaría cualquier cosa en cinco kilómetros a la redonda. El secreto de Otris se consumiría en el fuego, llevándoselos a Tallery y a él consigo…

Frunció el ceño. No tenía manera de saber exactamente la localización del reactor, e incluso si lo supiera y lograra destruir aquel lugar, eso no acabaría con los responsables. Nada les impediría empezar de cero en cualquier otro lugar. En el mejor de los casos los retrasaría, pero no los detendría.

—No… —se dijo para sí mismo.

Para acabar con aquello la verdad tras el involuntario descubrimiento de la escriba debía salir a la luz.

—Mi señor, mirad —dijo Tallery.

—¿Qué ha encontrado?

—Contenedores. Corresponden a algunos de los códigos de los archivos de Lonnd.

Tallery había abierto algunos de los contenedores. Garro vio ristras de núcleos de fusión para meltabombas y cajas de munición de bólter pesado. El último contenía armas pesadas, cañones de energía con los que sólo estaba vagamente familiarizado.

—¿Qué armas son éstas?

—Rayos de conversión —respondió Garro—. Es raro ver tantos juntos.

—Hay docenas, aunque ninguna con una unidad de energía.

—Quienquiera que esté reuniendo este ejército lo quiere bien pertrechado. Una de estas armas puede acabar con una armadura pesada de un solo disparo.

El monorraíl emitió un potente silbido.

—Estamos frenando —observó Tallery—. Debemos de estar aproximándonos a un muelle de carga.

—Cierre los contenedores, y prepárese para saltar. No podemos estar en este tren para cuando se detenga.

—Bien… —contestó Tallery, vacilante.

—Valor, escriba.

Tallery asintió y se recolocó la máscara.

—*Ave Imperator*.

En ese momento Garro abrió la compuerta del vagón.

—¡Ahora!

Unos húmedos montículos de aguanieve de metano amortiguaron su caída, permitiéndoles avanzar resguardados bajo las plataformas del monorraíl. A través de las rejillas metálicas que las formaban tenían una vista perfecta de los contenedores y los vehículos bípedos que llegaron para descargarlos.

—Debe recordar todo lo que vea, escriba. Esa memoria eidética suya nos servirá de testigo.

—¿Y de qué valdrán mis recuerdos si perezco antes de que pueda compartirlos?

—Volverá a casa, Tallery. Usted es ahora mi misión. Haré todo lo que esté en mi poder para llevarla de vuelta a salvo a Terra. La verdad de Otris debe ser expuesta.

Algo lento y pesado oscureció las nubes antes de atravesarlas, una nave de hierro que descendía lentamente sobre sus retropropulsores.

—Otra nave de carga…

—No, no es una nave de carga —dijo Tallery—. Reconozco esa configuración. Es un transporte del *medicae*. Una nave de misericordia.

El guerrero frunció el ceño sin apartar la vista de la nave que tomó tierra en una de las plataformas de aterrizaje en el exterior del muro de la ciudadela. Su compuerta se abrió, y en lugar de suministros y material, lo que dejó salir de su interior fueron hombres. La vista mejorada de Garro le permitió ver que se trataba de filas de soldados, algunos de los cuales caminaban con ayuda de sus camaradas. Sabía qué tipo de soldaos eran, incluso cuando no los había visto nunca: heridos de guerra. Garro los había visto avanzar a su lado en muchos mundos durante la Gran Cruzada, o en las salas de la legión, entre los neófitos.

—Cada vez que creo que una parte del misterio se nos revela, otro giro lo hace más complejo…

—¿Por qué están trayendo heridos aquí? Esto no es ningún hospicio.

Una respuesta comenzó a formarse en la mente de Garro, arrastrándose en sus pensamientos como el frío podría hacerlo sobre su piel.

Sobre el casco de la nave de misericordia localizó el escudo de un mundo que conocía: Mertiol. Perdido, según los mensajes astropáticos, entre las tormentas de la disformidad y el avance del Señor de la Guerra, sus ciudades ardiendo, su gente

sojuzgada. Sólo un puñado de naves había logrado escapar de la colonia antes de que la flota de Horus hubiera oscurecido los cielos de aquel mundo… Y la pregunta acuciante ahora era: ¿por qué aquella nave llena de súbditos leales había acabado en las garras de Otris y no en algún puerto seguro con otros refugiados?

—Esos hombres… —dijo Garro, comenzando a entender— están todos muertos. Sus nombres han sido borrados de los registros, sus naves dadas por perdidas en el vacío. Creo que empiezo a comprender. Van a curarlos, Tallery, y les darán un nuevo propósito. El ejército de Otris será un ejército de fantasmas.

La escriba lo miro abriendo mucho los ojos.

—¿Qué más necesitamos ver? Me habéis traído a esta bola de hielo negro y cielos venenosos, un lugar infestado de renegados del Mechanicum. No tenemos medios para escapar ni manera de pedir ayuda. ¡Nos habéis condenado a los dos! —gimió Tallery, intentando contenerse—. ¡Y no os atreváis a pedirme que tenga valor!

Garro asintió.

—Todos estaremos condenados si no acabamos lo que empezó en Riga. El Imperio debe saber de este lugar. Un puesto avanzado en el centro de una telaraña de secretos: no se puede permitir que Otris exista.

—Necesitaremos una nave. Una mucho más rápida que un carguero.

—Sígame.

Tallery se movió todo lo rápido que pudo tras Garro, pero le costaba seguirlo. Incluso con la carga de su servoarmadura, el legionario era más ágil de lo que podría esperarse. Se movía sin esfuerzo, sin miedo y sin duda.

La escriba había luchado para mantener el pánico a raya, haciendo acopio de fuerza de voluntad, pero cada vez estaba más cansada. Todo aquello le parecía que estaba más allá, no sólo de su experiencia previa, sino de la propia razón. La habían adiestrado para calcular números, trabajar con cifras y cuadrar cuentas. No era una espía, que era en lo que Garro la había convertido con su determinación obsesiva por aquella misión desesperada. Y se sentía resentida, aunque fuera él el único motivo por el que siguiera viva.

Hizo lo que pudo para mantener el paso. Siguiendo el exterior de la torre de la ciudadela, alcanzaron una enorme plataforma elevadora al pie de la fortaleza. Montacargas circulares tan amplios como el vagón del monorraíl en el que había llegado subían y bajaban a lo largo de la torre, distribuyendo materiales por todos los niveles. Los vio alzarse y descender como en un complejo ballet. Su movimiento le recordó el de los tubos neumáticos de Riga, en los que las cápsulas con documentos sellados partían a toda velocidad hasta las oficinas de los procuradores.

—¿Qué hacemos aquí?

—Mire arriba.

Garro señaló a una plataforma circular a la mitad de la torre. Emergiendo del cuerpo principal como un saliente de roca en una montaña o un hongo en el tronco de un árbol, aquella terraza parecía insignificante, suspendida a medio kilómetro sobre el nivel del suelo.

—Esa es nuestra salida.

—¿No deberíamos estar alejándonos del centro de actividad? No soy una estratega, pero lo que sugerís me parece en contra del sentido común.

—No cometa el error de creer que tiene alternativa, escriba.

—Sí… Parece que toda mi vida ha estado siempre determinada por todo salvo mi voluntad. Creer en la *Lectio* es la única elección que de verdad he tomado alguna vez por mí misma… y aquí es donde eso me ha llevado.

Una sombra recorrió la cara de Garro, y Tallery sintió tanta tristeza por él como por sí misma.

—Así es el destino. Nos arrastra y nos convierte en lo que el universo necesita que seamos, no en lo que querríamos ser —negó con un gesto seco, como queriendo sacudirse los pensamientos de la mente—. Tenemos que subir a uno de los montacargas y alcanzar esa plataforma sin llamar la atención. Y para eso, necesitaré de una distracción.

Se hizo un silencio en el que el guerrero se mantuvo mirando fijamente a la escriba.

—¿Yo? —preguntó Tallery, tan aterrorizada como incrédula.

—¿Hola?

En cuanto escucharon la voz los skitarii de la patrulla que recorría las plataformas centraron en ella sus parrillas de puntería.

La escriba caminaba despacio hacia ellos con las manos levantadas y la túnica abierta para mostrar que no ocultaba arma alguna y que no suponía ninguna amenaza. Caminó hasta la rampa de acceso, donde casi pudo sentir el frío de aquellas miradas. Con sus implantes biónicos, ciberarmamento y blindaje dermal, se trataba de combatientes formidables. Todos y cada uno sostenían un rifle láser con sus miembros de acero.

—Alto —dijo uno de los skitarii—. Identifíquese.

Bajo sus túnicas carmesíes, lo que en un principio Tallery había creído que era una máscara de respiración artificial como la suya se reveló como un implante quirúrgico. Los ojos de aquellos hombres habían sido sustituidos por bulbosos sensores ópticos y antenas que se movían como las de los insectos, y sus bocas y narices estaban selladas con rejillas recorridas por tubos de respiración. A diferencia de los servidores que había conocido en Riga, aquellos híbridos humano-mecánicos se movían con una economía de gestos amenazadora.

—Yo… eh… necesito su ayuda.

—Esta zona es un área restringida. Es una intrusa.

—Eh, sí. Por eso me estoy rindiendo, claro.

—Prendedla.

Dos skitarii se adelantaron y aferraron a Tallery de los brazos. La condujeron al montacargas, y pudo escuchar el zumbido de las armas láser cargándose. Miró a su alrededor desesperada, con el corazón martilleándole en el pecho. No veía rastro alguno de Garro, y por un terrible momento temió que la hubiera abandonado.

Los skitarii la hicieron avanzar sobre la plataforma elevadora. Mientras que uno accionaba la pesada palanca del panel de control, el otro no dejaba de apuntarla con su arma.

El montacargas comenzó a moverse, ascendiendo gracias al inmenso sistema de cadenas que lo sustentaba, cada eslabón tan alto como un hombre. Al mirar más allá del borde de la plataforma, Tallery vio como el suelo se alejaba y se sintió mareada, asaltada por el recuerdo de aquel instante al caer de la cornisa de Riga que casi le había detenido el corazón.

—Otra vez no…

—Silencio.

Entonces la escriba percibió algo en la periferia de su visión, un breve movimiento. Un cazador. Una sombra.

—Me temo que no podré permanecer callada. ¿Cómo si no voy a distraeros?

—¿Qué…?

El skitari no acabó de pronunciar la frase.

La luz pareció temblar tras el cíborg, y la capa de falsedad desapareció para revelar la inmensa figura del legionario que ocultaba.

Todo ocurrió tan rápido que Tallery apenas pudo verlo. Garro agarró a los dos soldados del Mechanicum de las gargantas, y con un violento movimiento los hizo entrechocar, cráneo modificado contra cráneo modificado, con fuerza suficiente como para partir el hueso y astillar el acero.

Entonces dejó caer los cuerpos, y se giró hacia la escriba.

—Escriba Ta…

—¡Ese aún está vivo!

Garro giró de nuevo.

—¡Alerta… alerta…! —comenzó a decir el skitari, que se arrastraba mientras de su cabeza se derrama un fluido negruzco y saltaban chispas.

Él legionario acabó con él de un firme pisotón.

—Son más resistentes de lo que parecen.

Entonces comenzaron a sonar las sirenas.

—¿Oís eso? —dijo Tallery, asustada—. ¡Han dado la alarma!

—Se acabó el sigilo… Ese nunca ha sido mi punto fuerte.

Garro se agachó y cogió el rifle láser que uno de los skitarii aún sostenía en su brazo artificial y se lo entregó a Tallery.

—Tome. El Emperador protege a aquellos que se protegen a sí mismos.

En apenas unos segundos, una segunda plataforma comenzó a moverse, mucho más veloz que aquella en la que ellos ascendían. Tallery se atrevió a asomarse fugazmente al borde, y pudo ver una docena de skitarii devolviéndole la mirada.

—¡Son muchos!

—Bien —dijo Garro—. Ya me he cansado de agazaparme en las sombras.

—¡Pero yo no! ¡Ya os lo he dicho, no soy un guerrero!

—Por suerte para usted, un legionario vale por mil soldados humanos. ¡Prepárese!

La segunda plataforma los alcanzó y redujo la velocidad para seguir avanzando paralela a la suya. Como uno solo, los skitarii saltaron, los pistones hidráulicos de sus piernas propulsándolos para salvar el abismo que los separaba. Garro alzó su pistola bólter y logró alcanzar a tres de ellos antes de que llegaran a caer. El resto aterrizó sobre la plataforma con las garras mecánicas y las armas preparadas.

Tallery se puso a cubierto tras el panel de control mientras los disparos láser cortaban el aire en su dirección. Gotas ardientes de metal fundido quemaron los bordes de su túnica cuando los haces de energía derritieron el metal con el que se encontraban. Ella devolvió el fuego a ciegas, apuntando su propia arma hacia el ruido del combate, pero demasiado asustada de levantar la cabeza para mirar y arriesgarse a perderla.

En medio de la plataforma, Garro se encontraba en el centro mismo del combate, avanzando con las armas en alto. *Libertas* cortaba a todo atacante que se acerca lo suficiente, su fría energía crepitando sobre la hoja. La pistola bólter del legionario no dejaba de detonar, enviando proyectiles que estallaban en el interior de sus objetivos al alcanzarlos. Firme en su furia, el guerrero se sumergió en el trance de batalla. Allí era donde estaba su lugar, en medio del combate, repartiendo muerte con una precisión letal. Luchaba sin alardes marciales de ninguna clase, sino de la

manera eficiente en la que lo habían entrenado: una vez convertido en un Guardia de la Muerte, siempre se era un Guardia de la Muerte, y sus movimientos no eran más que medios necesarios con los que lograr lo que era correcto. No había nada de gloria en aquel enfrentamiento, sólo deber. La gloria era algo que había dejado atrás, tan reducida a cenizas como su antigua hermandad. Había dejado de ser un cruzado, ahora sólo era un defensor.

Una salva concentrada de disparos lo alcanzó y lo hizo girar sobre sí mismo. La ceramita de su servoarmadura los reflejó, y estos se repartieron sobre la plataforma, quemando parte de la cubierta y alcanzando su motor. Con un espasmo, las cadenas recalentadas que la sostenían parecieron ceder, y todos los ocupantes tuvieron que luchar por mantener el equilibrio.

—¡Tallery! ¡La cadena ha sido alcanzada!

La escriba salió corriendo desde detrás de su cobertura mientras la plataforma se inclinaba peligrosamente.

—¡Vamos a caer!

—¡No! ¡Venga aquí, ya!

Con un potente revés Garro apartó al skitari que tenía a su lado y corrió hacia Tallery. Enfundando sus armas, el astartes agarró a la escriba, y antes de que pudiera siquiera protestar, la arrojó hasta la otra plataforma. Tallery sólo pudo gritar mientras atravesaba la caída que separaba ambos montacargas. Garro la vio rodar, momentáneamente a salvo, un segundo antes de romper a correr y saltar a su vez. Con el peso de la servoarmadura y de sus armas, la distancia era demasiado amplia, pero el marine espacial logró agarrarse con los dedos al borde de la plataforma. Tras él, la cadena del otro montacargas cedió y en su caída de llevó al resto de skitarii.

Garro logró izarse sobre el borde de la segunda plataforma.

—¡Intruso!

Alzó la cabeza, para encontrarse con un único skitari que había permanecido allí. El soldado del Mechanicum apuntaba con su rifle láser a escasos centímetros de su cabeza. Un disparo sin duda lo precipitaría al vacío a sus pies.

Entonces el zumbido de un rayo de energía se convirtió en el hueco que se abrió en el pecho del cíborg.

Con un gemido de esfuerzo, Garro consiguió arrastrarse al interior de la plataforma. Allí estaba Tallery, en pie tras el cadáver del soldado, con el rifle láser temblándole en las manos.

—¿Lo… lo he matado?

—Seguimos vivos, escriba. Eso es todo lo que importa.

La brisa helada que había mecido la túnica de Tallery abajo era un aullante vendaval en el puerto al que habían llegado, y la escriba se refugió como pudo con su maltrecha capucha para conservar algo de calor. Fueran cuáles fuesen las acciones de terraformación llevadas a cabo en aquel desolado planetoide, su medio ambiente dominado por la nieve venenosa y aquel frío seguían siendo hostiles a la vida no mejorada artificialmente.

Dejó el montacargas atrás y siguió a Garro, no sin antes dirigir una última mirada al skitari al que había disparado. La horrible quemadura le marcaba la espalda allá donde el láser había derretido carne y metal hasta formar una pasta ennegrecida.

Lo que no podía apartar de su cabeza era lo veloz que había sido su muerte. Vivo un instante, muerto al siguiente. ¿Así le había ocurrido al procurador Lonnd? ¿Habría tenido tiempo de ver aproximarse su final y aceptarlo? Tallery había tratado constantemente con la vida y la muerte, pero a través de estadísticas de nacimientos en Riga, de listas de bajas en campos de batalla a lo largo del Imperio. Pero aquello había sido algo abstracto. Matrices de números, unos y ceros. Supo que en adelante ya nunca podría ver esos datos de la misma manera.

—Escriba, allí. Esa Stormbird parece lista para el despegue. Partiremos en ella.

Siguió caminando al lado del guerrero. La nave permanecía frente a ellos, posada como un enorme halcón metálico que durmiera.

—¿Sabéis pilotar esa nave?

—Lo suficiente como para que alcancemos el vacío. Una vez allí, enviaremos una señal de socorro en todos los canales y…

Las palabras se congelaron en la garganta de Garro.

—Mi señor, ¿qué ocurre?

—Malditos sean.

La rampa de la nave se abrió, revelando una docena de sombras en su interior.

Garro desenvainó su espada, en el preciso instante en que Tallery comprendió que habían caído en una trampa. Una cohorte de pretorianos del Mechanicum con armas pesadas —suficientes para doblegar a un único marine espacial— descendió de la nave. Los cañones de plasma y de láser pesados los apuntaron.

De las sombras vinieron más soldados, rodeándolos y negándoles toda ruta de escape. Pero no se trataba de más tecnosoldados del Mechanicum, sino infantería humana. Y Tallery se sintió confundida cuando reconoció que las armaduras y blindajes de todos cuantos los rodeaban tenían el mismo color: un gris como de tormenta, sin ningún otro emblema que denotara unidad o alianza alguna.

Garro también lo vio, y una oscura pregunta se formó en su mente antes de alzar su espada en una guardia y cerrar los dedos alrededor de la empuñadura de su pistola bólter.

—Lo lamento, Katanoh, pero parece que no voy a ser capaz de cumplir mi promesa… Desearía no haberla arrastrado hasta este final.

—Vamos a morir…

—Eso parece —dijo Garro mientras daba un paso al frente hacia las armas que lo apuntaban, desafiante—. Disparad. ¡Veremos cuántos me acompañáis a la oscuridad!

Tallery cerró los ojos, esperando oír en cualquier momento la salva de energía abrasadora que los consumiera. Pero no se oyó nada más que el aullido del viento. Abrió los ojos, a tiempo de ver cómo los soldados bajaban las armas.

—Capitán Garro —dijo uno de los pretorianos—. Acompañadnos.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque nuestro señor quiere hablaros.

Escoltados por los soldados humanos y los pretorianos, Garro y Tallery fueron conducidos en silencio hasta el nivel más elevado de la torre. Emergieron del elevador en una amplia cámara circular que recordaba lejanamente a las arenas de entrenamiento de las legiones. Por encima de ellos, el techo era una inmensa vidriera con forma de cúpula tras la que podía verse en cielo ambarino agitado por vientos inaplacables. Frente a ellos, en el centro de la sala, se alzaba un estrado de mármol negro que reflejaba la tenue luz rojiza.

Garro pudo percibir sobre ella una figura poco definida envuelta en una túnica oscura. Un aura de furia fría parecía emanar de ella, capaz de helar al legionario incluso a través de la servoarmadura. El aire a su alrededor parecía gomoso y cargado de estática, como si alguna poderosa fuerza lo estuviera conteniendo. Entonces un terrible presentimiento cerró sus dedos en el interior del pecho del legionario. Se giró para mirar a Tallery. La escriba se había quitado la máscara, y sus ojos estaban inundados de terror, por más que luchara por mantenerlo bajo control. Asintió con la cabeza cuando sus ojos se cruzaron, intentando transmitirle confianza, aunque en realidad en la mente del guerrero se extendía una siniestra certeza.

Sabía a quién vería cuando la figura se revelara.

Como si hubiera leído sus pensamientos, esa misma figura se giró, su rostro aún oculto en las sombras. En una mano huesuda sostenía una larga vara de hierro negro que repiqueteó al contacto con el suelo de mármol. Entonces se liberó una pequeña detonación psicoquímica y unas llamas de plasma nacidas de aquel báculo iluminaron la sala alrededor de la piedra negra. Bajo esas llamas descansaba un águila dorada, de cuyas garras colgaban cadenas de eslabones grabados.

Garro conocía aquel báculo y a su portador. El hombre se retiró la capucha, y la cara antigua y a un tiempo sin edad de Malcador el Sigilita clavó sus ojos en él, su expresión la de una profunda desaprobación.

—Lord… regente…

Tallery sólo fue capaz de susurrar esas dos palabras antes de que el adoctrinamiento que había recibido desde la infancia la obligara a arrodillarse y a inclinar la cabeza. Los pretorianos y soldados de la sala también lo hicieron, mostrando así su lealtad a aquel quien por encima sólo se tenía al Emperador.

Malcador. Lord primero del Consejo de Terra, regente, y el señor a quien Nathaniel Garro había jurado servir. Pero a pesar de ello y del impulso de su propio cuerpo, el legionario no se arrodilló.

—¿Cómo… cómo es que estáis aquí?

—Estoy en todas partes y en ninguna, Garro. Este lugar me pertenece. No deberías haber venido aquí. No estás preparado para ver esto. Esta obra no está completa.

—¿Sois un traidor?

Malcador dejó escapar una seca risa.

—Sabes lo que soy. Soy el Sigilita, la mano derecha del Emperador. Traicionarle para mí es imposible.

—Horus Lupercal alguna vez diría lo mismo.

Un relámpago de energía cruzó los ojos de Malcador y su cara se ensombreció.

—Nunca vuelvas a compararme con el architraidor. Quemaré tu mente si pronuncias esas palabras de nuevo —ambos se sostuvieron la mirada por unos segundos—. Arrodíllate, Nathaniel. Obedece.

—¡No hasta que me expliquéis todo esto! —contestó Garro haciendo un gesto que abarcó paredes, pretorianos y soldados de armaduras grises.

Malcador pronunció las siguientes palabras con una voz que emanaba una terrible autoridad.

—Te he dicho que *te arrodilles*.

Garro perdió el control de sus piernas, y en menos de un latido estaba arrodillado, su inmensa fuerza nada en comparación con la energía telepática que lo obligaba a obedecer. Preso de su propio cuerpo, sólo pudo, con un esfuerzo titánico, alzar la cabeza para enfrentar la torva mirada del Sigilita, consciente de que éste no había necesitado más que de una minúscula fracción de su poder para humillarlo.

—Soy el guardián de los secretos de Otris, los secretos que con tanta ansia deseabas conocer. Mira al cielo, mira dónde te ha traído tu viaje a ciegas.

Garro y Tallery alzaron la vista a la cúpula. El mar de nubes anaranjadas fue disolviéndose, como si una fuerza antinatural estuviera disipando un velo. El cielo de la noche negra más allá de la atmósfera del planetoide se reveló. Y allí estaba, prendido en la oscuridad como una inmensa joya, un familiar mundo de gas gigante rodeado de la gasa de sus anillos.

—Saturno… ¡Es Saturno! —dijo Tallery.

—Entonces estamos en…

—Titán, sí —interrumpió Malcador con impaciencia—. ¿Pensabais que estabais en algún distante mundo-muerte?

Garro seguía esforzándose por comprender todo aquello.

—Todo esto no tiene sentido alguno… Si lo que estáis creando aquí es en servicio al Emperador, ¿por qué ocultarlo tras un escudo de mentiras? ¿Por qué silenciar a aquellos que saben de ello?

—¿Me estás cuestionando? —preguntó a su vez Malcador, con una advertencia en el tono de sus palabras.

—¡Sí, lo hago! Esta ciudadela y el complejo más allá de ella, sólo puede tener un fin: ¡la creación de una nueva legión astarte!

—Sólo el propio Emperador puede crear una legión… —se atrevió a decir Tallery.

—¿Sabe Él lo que estáis haciendo, Malcador? ¿Sabe el Emperador lo que hacéis en Su nombre?

—Mi Señor… Él tiene sobre sus hombros sus terribles tareas. Y yo tengo las mías.

Una parte de Katanoh Tallery sólo deseaba encerrarse en sí misma en las profundidades de su mente y esperar a que llegara lo inevitable. Pero otra no podía apartar la mirada del Sigilita. Reuniendo todo el valor que le quedaba, se dirigió a él.

—¿Y este secreto vale más que mi vida y la del procurador Lonnd?

—Querida mía —dijo Malcador, con cierta tristeza—, la respuesta es sí. Cien veces mil veces sí. Por el bien mayor del Imperio.

Garro logró tras mucho esfuerzo llevarse un puño al pecho.

—¿Acaso esto no es suficiente? ¿Mi fuerza y lealtad? ¿Y las de Rubio, Ison, Loken, Varren, Gallor y todos los demás? ¿No os son suficientes los agentes que tenéis repartidos por toda la galaxia que necesitáis un ejército?

—Eres mi *agentia primus*, Nathaniel. Pero lo que estoy forjando aquí no será para mí. Un puñado de caballeros errantes no será suficiente. No para la guerra que se avecina.

—No estáis hablando de la rebelión del Señor de la Guerra, ¿verdad? —dijo Tallery—. Os referís a algo más. Algo *peor*.

—Veo que tienes visión. Ahora entiendo cómo me has causado tantos problemas.

El báculo resonó sobre la piedra a cada paso de Malcador, quién abandonó el estrado y se acercó a ellos.

—Nathaniel ha visto los horrores que acechan más allá de la razón. Ha luchado con ellos cara a cara. Yo también he mirado en el corazón de esa oscuridad y he escrutado las hebras de incontables futuros aún por venir. Las… *cosas* con las que Horus se ha aliado, seres preternaturales, *demoníacos*… amenazarán a la humanidad durante milenios. Lo siento en mi propia sangre. Por ello debemos prepararnos para la guerra que vendrá después de esta: la guerra por nuestras almas mismas.

—Y será aquí donde se forjarán nuestros defensores, en Otris.

—En una de las antiguas lenguas significaba «el hogar de los titanes». El simbolismo me pareció adecuado.

Entonces el Sigilita dio la espalda a Tallery y se acercó a Garro. Con una fuerza que desmentía su aspecto, desenvainó la espada de éste.

—¿Lo ves ahora? Todo esto debe hacerse en secreto, no sólo para ocultarlo de los ojos de Horus y de sus aliados, sino también de los de nuestra propia gente, de un Imperio que no está preparado para aceptar la verdad de los horrores que aguardan en la disformidad. ¿Estoy acaso equivocado, Nathaniel?

El silencio inundó la cámara.

—No. No, lord regente, no estáis equivocado.

Con un suave asentimiento, el puño telepático que estaba apresando a Garro desapareció, y éste se irguió. Malcador se apoyó *Libertas* sobre un brazo, ofreciéndole la empuñadura.

—Este secreto sólo lo pueden guardar aquellos de un valor inquebrantable, a través del sacrificio y el derramamiento de sangre. Por un error insignificante, por la más pura casualidad, la escriba adepta Tallery sabe algo que nunca debería haber sabido.

—Yo… ¡yo soy leal! ¡Jamás hablaré de nada de esto! ¡Lo juro por el Trono de Terra, en el nombre del Emperador!

—No puede vivir con ese conocimiento —continuó Malcador diciendo a Garro, ignorando a Tallery—. Incluso los más leales pueden ser quebrados, incluso a aquellos capaces de mantenerse firmes se les pueden arrancar sus pensamientos por medios arcanos. Sólo los muertos no pueden rendir un secreto. Toma la espada, Nathaniel. No soy cruel: hazlo rápido y sin dolor.

—¿Capitán… Garro…? —la voz de Tallery temblaba con sus sollozos.

El guerrero vaciló, mirando fijamente el arma.

—Me está poniendo a prueba, Tallery. Lo desafié al partir hacia Riga sin su permiso. He salido de los límites que me imponían mis órdenes. Esto es una prueba: una prueba para ver si aún soy leal a mi juramento.

—Esto es necesario. Incluso la escriba lo sabe. Sé que es auténticamente fiel al Emperador. No se resistirá.

Otro silencio, aún más denso que el anterior, quedó suspendido en la sala.

—Me temo que rechazo vuestra orden, lord regente.

Tallery dejó escapar un suspiro ahogado.

—Solo tengo que pensarlo y su corazón se detendrá —dijo Malcador con una ira helada en sus palabras.

—Entonces seréis vos quien asesinará a un inocente, quien tome la vida de un súbdito leal al Emperador que no ha cometido más crimen que servir a Imperio. Y

si esa es vuestra elección, acabad conmigo también, porque no quiero tomar parte en unos actos que sólo un architraidor ejecutaría.

—¿Y qué otra opción tenemos?

Garro cruzó una mirada con Tallery antes de volver a enfrentarse al Sigilita.

—Como habéis dicho, la escriba tiene visión. Puedo dar fe de ello, así como de su valor y fidelidad. ¿Por qué no emplear su talento? Convertidla en parte de lo que se está creando aquí. Aceptadla dentro del círculo. Fue lo suficientemente inteligente como para descubrir un fallo en la seguridad de Otris desde el otro lado del Sistema Solar. Puede solventarlo, y buscar otras vulnerabilidades aún desconocidas.

Tallery contuvo la respiración, consciente de que su vida podía medirse en segundos. Cerrando los ojos, buscó con los dedos el *aquila* dorada que pendía de la cadena de su muñeca y la aferró con fuerza.

—El Emperador protege… el Emperador protege… —murmuró para sí misma.

Garro alzó la espada frente a su cara y recorrió con la mirada la hoja en toda su longitud. No había mella alguna en su filo, ninguna decoloración en el metal. Parecía perfecta, como si acaban de forjarla aquel mismo día. Sin embargo, aquel arma tenía ya siglos de antigüedad, y había bebido la sangre de muchas almas largo tiempo muertas. Le reconfortaba pensar que ningún inocente había caído bajo aquella hoja desde que fuera suya.

Envainando el arma, se dirigió hacia la Stormbird que lo esperaba en una de las plataformas cercanas mientras la tripulación hacía las últimas comprobaciones antes del despegue. La nave lo llevaría fuera de Titán, no de vuelta a Terra, sino hacia la siguiente misión bajo las órdenes del Sigilita. Aun así, las arrugas de preocupación recorrían su ceño, y se sentía desalentado.

—¡Legionario! —gritó una voz a sus espaldas—. ¡Capitán Garro! ¿Teníais la intención de partir sin despediros de mí?

Garro hizo una ligera reverencia a la vez que con las manos hacía el signo del águila sobre su pecho.

—No quería interrumpirla en sus nuevas obligaciones, escriba… perdón, procuradora adepta *primus* Tallery.

—El título me resulta extraño. Como mi vida, si es que eso tiene algún sentido. Ahora todo es diferente.

—Ya nada será lo mismo. Sé de lo que hablo; tras Isstvan, tras la huida de la *Eisenstein*… yo también me sentí así.

—Cambiado.

—Sí. Para bien y para mal. Aprenderéis mucho en días futuros, Tallery. Cosas terribles. Quizá llegue un momento es que me guardéis rencor por no haber cumplido la orden de Malcador.

—Afrontaré ese reto con valor y fe. Me habéis recordado dónde puedo encontrar ambos. Aquí, en mi nuevo puesto, podré servir mejor a mi Imperio y al Emperador… al Dios-Emperador.

—No deberéis referiros a Él así en presencia de lord Malcador o ningún otro. No creo que estén preparados para aceptarlo.

—Sí… con el tiempo quizás, pero no ahora.

—Ya nunca podrá regresar a casa. Lo sabe, ¿verdad?

—Ese es un precio pequeño —sonrió—. No he podido daros las gracias por defenderme. El Sigilita tenía razón: no me resistiría si mi muerte sirviera al Imperio.

—El destino tiene otro camino para usted. Y para mí. Marcará una diferencia aquí, en la guerra contra los traidores.

Tallery extendió la mano y la posó suavemente sobre el guantelete blindado de Garro.

—Y espero que encontréis las respuestas que estáis buscando. En las palabras de la santa, o el cualquier otra parte.

A pesar del tono cálido de la mujer, el guerrero sintió una oscuridad arrastrarse en su espíritu. Los fantasmas de emociones que no podía expresar nublaban su mente. Aquel desaliento acerca de su futuro había sido el detonante que lo había impulsado a buscar a Keeler, a viajar hasta Riga para no encontrarla. Se sentía como

si una campana sonara en la distancia, pero que cada vez que doblase se encontrara más lejos de ella.

Tallery vio todo eso en su mirada.

—¿Qué ocurre, mi señor?

—Hay una sombra, Tallery, una sombra en mi futuro. Apenas logro distinguirla, pero me temo que signifique que mi camino no era el que pensaba —los motores de la Stormbird se activaron, y Garro se apartó de ella—. No sé dónde está mi destino, pero empiezo a creer que no es aquí.

El sonido de los motores aumentó de intensidad mientras el marine espacial ascendía por la rampa. Cuando esta comenzó a subir, Tallery gritó:

—¡Debéis tener fe, Nathaniel! ¡Recordad que…!

El ruido se hizo ensordecedor y la compuerta se cerró, por lo que Tallery nunca supo si Garro pudo oír sus últimas tres palabras.

—¡…el Emperador protege!

FIN DEL RELATO